

**maghenta**  
EDITORIAL

# Camino del Ojo del Agua

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición

© Gustavo Galán, 2007.

© Maghenta, S.L.  
Autovía de Madrid, Km. 315,700  
50012 Zaragoza  
Tel. +34 976 106 300  
Fax +34 976 106 301

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: XXXX  
I.S.B.N.: XXXX

Impreso en Zaragoza, España. XXXX.

# Camino del Ojo del Agua

GUSTAVO GALÁN

**maghenta**  
EDITORIAL

A mis padres  
En su recuerdo

Aquél fue un año importante, aunque yo no lo supe hasta mucho tiempo después. Ni siquiera lo imagine aquella mañana, mientras me sacudía el frío de la noche. Sentado en una de las rocas que sobresalen de la ladera, en las cercanías del Ojo del Agua, pude contemplar como el Sol comenzaba a levantarse en el horizonte. Las estrellas, a mi espalda, iban perdiendo el brillo nocturno, confundidas por la estrenada claridad. El agua brotaba con fuerza; parecía festejar el día manando con nuevos bríos. A mi derecha, se vislumbraba el azaroso camino que había conducido mis pasos hasta aquel amanecer en el Ojo del Agua. Mientras, sentado en el saliente rocoso, esperaba que la luminosidad de la mañana me permitiera reconocer el camino de vuelta después de las penurias nocturnas. El frío ya no lo sentía tan intenso como poco antes de que el Sol asomara en la lejanía. Con las manos me sacudí con fuerza los antebrazos y las piernas, todavía entumecidas después de la noche pasada al raso. Poco a poco, fui recuperando el calor y el ánimo. En aquellos momentos, sólo, disfruté por unos instantes de la mañana. Unos minutos después, comencé a preocuparme en cumplir la misión que me había llevado tan lejos para, una vez acabada, retornar al camino que me devolvería a mi vida en el pueblo. Aunque, en cierto sentido, eso ya no era posible, porque el camino ya no era el mismo. Un camino comenzado un año antes, cuando, la víspera de la fiesta mayor, un forastero se apeó del coche de línea.

Un año antes no tenía mayores preocupaciones. Jugar y aprender en la escuela, porque al final del curso tenía unos exámenes que, aseguraban, eran muy importantes para mi futuro. Si aprobaba aquel curso tendría que preocuparme mucho más, tendría que ir a seguir los estudios fuera del pueblo. Iría interno a un colegio de curas a la capital de la comarca. Aún faltaba un año para eso. Estudiaba sobre todo francés que me explicaba el maestro de los chicos pequeños en clases de repaso, cuando los demás alumnos se marchaban, finalizada la jornada escolar. Además de estudiar, también quería ser el mejor a la hora de competir en los juegos. Cualesquiera que fueran.

Cuando pasaba alguno de los otros chicos por donde estudiaba mi primer libro de francés yo lo cerraba; no quería que leyeran algo que solamente quedaba reservado

para mí. En cierta ocasión, uno mayor que yo, de los que ya estaban a punto de dejar la escuela, que no me caía muy bien y vivía por la Plaza Alta, se detuvo a mis espaldas, sin que yo me diera cuenta y descubrió un dibujo de una ventana en el manual. Debajo la palabra “fenêtre”. Les fue diciendo a todos los demás chicos “Ya sé una palabra en francés: fenetre”. Lo dijo así, tal como suena. Fe-ne-tre. Le mandé una mirada que indicaba que ya nos las veríamos después, a la salida. No importaba que fuera más fuerte que yo. Además, dije en voz alta aprovechando que el maestro había salido: “¡No se dice fenetre, se pronuncia de otra forma!”. Remarqué cada sílaba con mi mejor pronunciación francesa para que se notara la diferencia. Fe-nê-tre. Me parecía que me hacía más importante saber francés y que el resto de mis amigos no supieran ni una palabra. Solamente éramos dos en el pueblo que sabíamos otro idioma y podíamos salir del pueblo por esa ventana, a las ciudades que se encontraban más allá de los montes y al extranjero. El maestro y yo. En realidad, otros hombres del pueblo lo hablaban. Hombres que en algún momento de su vida emigraron a trabajar en las minas del norte francés o en el cultivo de la remolacha. Entonces yo no lo sabía y pensaba que podía ir por el mundo con las cuatro palabras que procuraba aprender y dejar el pueblo.

Ese año, que fue tan importante aunque yo no lo supiera hasta mucho tiempo después, el curso acabó como todos desde que tenía memoria de como acababan. El último día, el maestro nos leía un dictado, siempre el mismo, y después nos mandaba hacer una redacción sobre lo que pensábamos hacer en el verano. Casi todos decíamos lo mismo. Jugar, ayudar algo en casa y pasarlo bien. Cuando don Justo daba por terminadas las clases hasta finales del verano, todos recogíamos nuestros libros y cuadernos en las carteras y los lápices en los plumieres de los cajones y salíamos escopeteados de la escuela. Bajábamos alocadamente toda la calle que desemboca en la Plaza Mayor. Corríamos hasta el juego de pelota y pegábamos una patada con la suela en la chapa de metal que iba de lado a lado de la única pared del frontón. Para comprobar quien hacía más ruido. Era una banda de hierro que colocaron para que si una pelota golpeaba allí, sonara. Todo el mundo escuchaba su sonido, y así no se originaban peleas sobre cuál era una pelota buena o una pelota mala. Si solamente hubieran dejado una marca de pintura, no hubiéramos hecho nada más que pegarnos cada vez que hubiera pasado rozando la raya. Así tampoco los hombres que nos veían jugar decían nada, ni metían baza tomando partido por alguno de nosotros. Todo el mundo podía escuchar el sonido múltiple del golpeo de la pelota contra la chapa y del metal contra el muro. Así todos los años, y como la rutina anual, enseguida llegaban las fiestas mayores. Aquel año la fiesta, que siempre comenzaba en sábado, empezó dos semanas después de que acabáramos el curso.

\* \* \*

El sábado de la fiesta de aquel año también dejamos los juegos y fuimos a recibir al coche de línea. Su llegada, con los músicos de la banda de un pueblo cercano y con los feriantes, marcaba el inicio de los festejos. El coche de línea, un MAN de mediados de los cincuenta, debía llegar a la doce en punto del mediodía hasta el alto, pero, invariablemente, todos los años llegaba cinco o diez minutos tarde. No era para menos; ya estaba muy baqueteado y tardaba dos horas en recorrer una treintena de kilómetros, todos cuesta arriba, y se detenía en media docena de pueblos, con el consiguiente retardo.

Aquel año no fue diferente; pasaban cinco minutos en el reloj de la plaza que se podía divisar desde la parada, cuando el jadeante sonido del coche de línea empezó a escucharse ascendiendo por la carretera. Todavía no se distinguía, pero ya todos estábamos pendientes de ver aparecer el morro detrás de una de las últimas curvas que le faltaban para completar su recorrido diario. Al fin, pudimos divisar el redondeado perfil de su carrocería, con lo que la algarabía del personal aumentó. Desde que le vimos asomar, con su baca repleta de bultos, sacos y paquetes de toda condición, todavía necesitó otros cinco minutos para recorrer los escasos setecientos metros hasta donde una buena parte del pueblo le esperaba. Como siempre, el blanqueador daba los últimos retoques a la caseta que hacía las veces de terminal. Los últimos de las fachadas que le quedaban por adecentar. Todas, paredes y muros propiedad del ayuntamiento; del resto ya se ocupaba cada vecino. Ya remataba su faena, porque como todos los años dejaba para el final la garita de viajeros. Así, mientras terminaba, podía cotillear la llegada del coche de línea.

—¿Qué tú quecrees que el hombre de los quepetardos traerá quecosas nuevas este queaño?

—No lo sé —contesté a Quejuan.

—Siempre preguntas lo mismo. Todos los años igual —terció Anselmo, que no se perdía nada de lo que estuviéramos hablando. No dejaba pasar la oportunidad de meter baza.

—¡Quevete por ahí! ¡Queno te he quepreguntado a ti! —le contestó de mala manera a pesar de que Anselmo era su mejor amigo y zanjó la conversación.

—Igual trae algunas cosas nuevas —dijo Estanis, que con Quejuan, Anselmo y Perico formábamos la partida de mozuelos que esperaban la llegada del autobús—. Todos los años trae algo nuevo.

Perico no se entrometía en la conversación, ocupado como andaba en cazar sandaritas por entre las rocas del cabezo situado a espaldas de la terminal de línea. Poco a poco, el coche de viajeros iba avanzando, mientras escuchábamos de fondo el ronroneo del motor y como el conductor iba engranando las marchas. Al superar el



collado, los frenos empezaron a chirriar, anunciado la detención del coche y un intenso olor a gasoil inundó el ambiente. Cuando por fin se detuvo, al comienzo de la calle en pendiente que llevaba hasta la Plaza Mayor, todos fuimos corriendo a arremolinarnos alrededor del portón delantero. El primero en bajar, tampoco en esto hubo nada extraño, fue el cobrador, que antes de poner pie en tierra comenzó a dar las ordenes oportunas para iniciar la descarga de los paquetes del enorme portaequipajes que ocupaba el techo del vehículo. Le ayudaron dos mozos del pueblo que, antes de que el coche se hubiera detenido por completo, ya ascendían por la escalera de la culera posterior. El primer bulto que llegó al suelo, después de pasar por muchas manos, fue el bombo de la orquesta. Aún no se había apeado ningún viajero, especialmente ningún miembro de la orquesta, cuando ya algunos instrumentos en sus fundas rodaban por el suelo, rodeados y manoseados por todos nosotros. Cómo si tocarlos fuera a convertirnos en músicos. Poco a poco, a la vez que bajaban todos los instrumentos, lo hacían sus intérpretes con sus pequeños maletines de cartón. Detrás de ellos, todos los emigrantes del pueblo que llegaban para la fiesta. Todos tenían a alguien esperando, los músicos nos tenían a toda la chiquillería, los venidos de la ciudad a sus familias. El último en bajar del coche fue un hombre mayor con traje de color hueso, sombrero del mismo tono y zapatos marrones de rejilla. Un forastero al que nadie parecía aguardar. Se ayudaba con un bastón de mango de marfil en su mano derecha y todo su pelo era blanco, muy parecido a su traje. Lo único que no era claro en su atuendo era la corbata, de unos tonos bermezones muy chillones, que destacaba con las de los músicos, todas oscuras. Ocultaba sus ojos tras unas extrañas gafas con monturas de pasta ambarina y las patillas, muy anchas y gruesas, también amarillas. Se acercó cojeando ligeramente a la trasera del autobús para recoger sus pertenencias. Para entonces, los músicos habían desembarcado sus instrumentos y comenzaban a afinarlos para entrar en el villa interpretando los primeros pasodobles. En el coche de línea también viajaba el matrimonio de la tómbola. Él se ocupaba de una caseta de tiro desmontable y la mujer del puesto de petardos, caramelos y chuflainas. Como todos los años. Portaban incluso una carretilla para acarrear los puestos y la mercancía hasta la plaza. Sus bultos siempre eran de los últimos en bajar. Los acomodaban siempre en la parte delantera de la baca. Todos los mozalbetes le rodeábamos y le preguntábamos por las cosas nuevas que traía nada más descender de la plataforma del autocar. Yo permanecía un poco al margen, en la trasera del coche, cerca del músico de los platillos que cerraba la banda. Era el único que no estaba interesado en afinar el instrumento. Entonces, el hombre del traje y el sombrero claros habló conmigo por vez primera aquel año.

—¡Eh tu, perillán! —dijo levantando la voz por encima del murmullo. Dejé la orquesta y sus pruebas para afinar los instrumentos y me dirigí hacia él, para ver que quería— ¿Me puedes ayudar con el equipaje? —a sus pies descansaban dos maletas grandes de plástico negro. Yo no podría con las dos. Llamé a Estanis, que tampoco

andaba muy interesado en el hombre de los petardos ni en los músicos. Empecé a contarle a mi amigo lo que me había pedido el hombre del traje claro cuando pronunció las palabras mágicas— Si me ayudáis a bajarlas hasta la fonda os daré unas monedas. ¿Conocéis la fonda?

Asentimos sin dudar y fortalecidos por semejante promesa, que nos garantizaba unos cuantos tiros en el puesto de feria o unos cuantos petardos, agarramos cada uno una maleta y emprendimos el descenso hacia la plaza junto con toda la comitiva. Las valijas eran bastante grandes, y aunque no pesaban demasiado, la mía la tuve que agarrar con las dos manos para comenzar el camino. Las primeras fabricadas en plástico duro que veía. El resto de maletas que bajaron del autobús eran todas de lona. También cajas; muchas cajas atadas con cuerdas de esparto y algunos fardos. Alguna de ellas debió de soportar algún golpe en el trasiego, rompiendo algún recipiente en su interior. Aparecía totalmente manchada de aceite. Otras tenían unos cerros enormes de color grisáceo y apestaban a manteca. Una vez todos los intérpretes de la orquesta estuvieron preparados para entrar en el pueblo, se puso en marcha la comitiva. Encabezándola en primer lugar, los músicos en formación de a dos, que ya iniciaban su trabajo interpretando los compases que todos conocíamos de otros años; siguiéndoles todos los chicos con los estuches de los instrumentos. Todos los años nos peleábamos por bajar alguno de los maletines del clarinete o la trompeta o alguna de las fundas de los tambores. Como le ahorrábamos trabajo, el alguacil nos repartía un refresco para cada dos de los ayudantes al llegar a la Casa de la Villa. Inmediatamente detrás de la comitiva, el propio alguacil conduciendo la carretilla del ayuntamiento, el único vehículo de propiedad municipal; donde transportaba las pertenencias de los músicos y, por último, el resto de viajeros del coche de línea, cargados de equipajes, bultos y cajas de cartón. Entre ellos, yo bajaba con mi maleta, con la que a duras penas podía: a veces llevándola a peso y otros, cuando notaba que nadie me veía, medio arrastrándola. Muy atrasado, el hombre de blanco, caminando muy despaciosamente, cojeando y sujetándose con la gayata; procurando no resbalar en el empedrado. Bajaba la cuesta deteniéndose a cada instante a contemplar el paisaje. Por encima de nuestras cabezas empezaban a silbar los cohetes que el guarda del pueblo tiraba desde la torre del reloj, en la buhardilla de la Casa de la Villa. Ese día el guarda dejaba su vigilancia en el campo y ayudaba en los comienzos de la fiesta, pegándole fuego a la mecha de los cohetes. Una de las varillas de un cohete cayó en picado en medio de la comitiva. Por fortuna, no alcanzó a nadie.

Desde el alto de la carretera hasta la Plaza Mayor hay un buen trecho, y como todas las calles en el pueblo, costera. Un poco debajo de las cocheras de fin de línea se encontraba la escuela, desde aquí hasta la plaza tardamos mucho más que cuando solamente llevábamos las carteras. Al llegar a la Plaza, la banda se detuvo en la entrada de la Casa de la Villa, debajo de una de las dos acacias y después de unos

instantes de descanso, se arrancó con un pasodoble militar. A los sones de la música, comenzaron a llegar los habitantes. Todos dispuestos a escuchar el parlamento de bienvenida de las fiestas del señor alcalde. Estanis y yo continuamos con las maletas atravesando el arco hasta la fonda. Como el hombre del traje caminaba más despacio, esperamos en la puerta. Podíamos haber dejado el equipaje en la entrada y habernos marchado, pero ansiábamos nuestra recompensa. Como tardaba, decidí asomarme hasta la Plaza para ver por dónde llegaba, no fuera que se hubiera perdido y no supiera dónde se encontraba la fonda. Lo encontré allí, en medio justo de la plaza, ajeno al ajetreo que se estaba formando en la puerta del consistorio. Contemplaba la panorámica, girando y girando sobre sí mismo; lo observaba todo sin ser molestado y sin que nadie se preocupara de él, aguantando la solina del mediodía. Y eso que el traje que llevaba y su propio aspecto destacaba entre toda la gente que ocupaba las sombras que las acacias proporcionaban.

Me acerqué y esperé unos segundos a su lado, mientras acababa de contemplar las fachadas de los edificios. Cuando hubo acabado le di a entender que ya podía darnos las monedas que nos había prometido.

Ya tiene sus maletas en la puerta de la fonda. Un poco más adelante, en esa calle —Señalé el arco que abría la plaza a otra calle, mientras se lo decía. Se sonrió y apoyándose con su mano libre en mi hombro, nos encaminamos en dirección a la pensión.

Mientras avanzábamos, la banda acabó la partitura y, sin más preámbulos, el alcalde se aprestó a leer el pregón. Un discurso pomposo y grandilocuente que nadie entendía por confuso y enrevesado. Por añadidura, vocalizar no era una de las virtudes del regidor municipal, con lo que se hacía más difícil entender su farfulla. Al llegar a la posada, el forastero llamó con los nudillos. Apareció la dueña, una señora mayor que conocía bien. Era una buena cliente de la tienda. Nos quedamos fuera esperando que nos dijera algo. Debía estar esperándole, porque enseguida le franqueó la entrada la puerta y le hizo pasar al interior dándole los buenos días. El hombre se descubrió y le tendió la mano. La señora Pilar, que así se llamaba la viuda que regentaba la fonda, se limpió la mano en el delantal y se la estrechó.

—¡A ver si nos da una buena propina! —exclamó Estanis cuando se cerró la puerta tras el hombre.

—¡Ojalá! —contesté.

—¿En que te la gastarás?

—En tiros en la caseta ¿Y tú?

—También. A lo mejor en petardos

De fondo, volvimos a escuchar los pasodobles que la banda de música retomaba. El pregón este año había sido muy corto. El alguacil llegó con la carretilla municipal

colmada de maletines de cartón de los músicos. Algunos de ellos también iban a ser huéspedes de la pensión. El resto, se acomodaría en la otra posada del pueblo y en algunas casas particulares, sobre todo de los miembros de la comisión. Dejó la carretilla en la puerta y volvió sobre sus pasos. “Tengo que acompañar a la banda en el recorrido por el pueblo”, dijo en voz alta. De las calles adyacentes, seguía llegando personal en dirección al centro de la fiesta.

Pocos instantes después, el hombre del traje salió y nos indicó con un gesto que entráramos las maletas. Así lo hicimos, y cuando ya estábamos en el dintel de la puerta y nos disponíamos a volver a la calle; dudando ya de que nos fuera a dar lo prometido, vimos como metía la mano derecha en el bolsillo del pantalón y extraía una cartera de piel. El ansia que nos producía el misterio de la propina nos mantenía en vilo, mientras lentamente abría el pozo de nuestras miradas. Yo pensaba que nos iba a dar dos pesetas a cada uno, que nos daría para unos cuantos tiros en la caseta o unos petardos. Como todavía nos sobraría, podríamos comprar algunos cubitos de hielo o algún pepinillo en vinagre en el bar del pueblo.

Volcó el portamonedas en su mano, comprobó su contenido, y cogiendo dos monedas me las entregó. Cuando las tuve en mi poder, no pude por menos de exclamar ¡Dos duros! Con esos dos duros podía hacer de todo durante las fiestas. Naturalmente a Estanis también le soltó las diez pesetas y pegó un bote de alegría. Vimos como sonreía mientras penetraba en el zaguán. Cuando acabó de entrar y cerró, mi amigo y yo nos miramos y rápidamente, sin mediar palabra, fuimos corriendo a enseñar nuestra propina a los otros chicos y darles envidia de nuestra buena suerte. Siempre que a alguno de nosotros le sucedía algo bueno iba enseguida a contárselo a los demás.

—¡Que quechorra que habéis quetenido! —exclamó Quejuan al ver los dos duros de cada uno en la palma de la mano. Bebía de un refresco de naranja que compartía con un chico más pequeño— Queya queme podía quehaber tocado a mí —concluyó. Aunque él, de puro enclenque, no habría podido con las maletas.

Durante los días que duró la fiesta, no volví a saber nada más del forastero del sombrero claro y las gafas amarillas. Cuando pasaba por la puerta de la fonda miraba por ver si lo veía y me mandaba un nuevo recado. Apenas se dejó notar por los festejos, solamente uno de los dos días que el vecindario lidiaba vaquillas en la plaza, la atravesó con su bastón de mango marfileño y su media cojera. No parecía que le gustara mucho la fiesta taurina, debía ser de la media docena de vecinos que no ocupaba algún balcón o alguna barrera para disfrutar con los intentos de los aficionados de la localidad por arrancar un pase a los astados. Iba camino de la huerta, porque desde mi balcón, comprobé que bajaba la calle del Chorro. Era media tarde y no tardarían en soltar las vaquillas; el calor ya empezaba a aflojar. En aquellos tiempos, no se cerraba con portones la entrada de la plaza desde las distintas

calles. Unos maderos largos puestos horizontalmente de lado a lado y atados con unas sirgas a otros verticales en cada extremo, cerraban la plaza y tapaban la salida. Como eran bastante laboriosos de hacer, los dos días taurinos la plaza permanecía siempre cerrada. Así que si alguien quería pasar, tenía que saltar los cuatro o cinco maderos; o si no era muy grueso, podía pasar entre los huecos. Como último remedio, podía bordear la plaza por las calles laterales. No entiendo porqué no rodeó el improvisado coso, teniendo en cuenta que el hombre, con su cojera, no podía ascender los maderos. Al fin, pudo pasar entre los troncos. Primero pasó una pierna, después su cuerpo agachándose y después la otra pierna. No le resultó fácil, pero lo consiguió, aunque se le cayó el sombrero. Antes tuvieron que apartarse las mujeres que se sentaban detrás de los maderos, en sillas de tijera, esperando que comenzara la suelta. Todas lo miraban extrañadas, preguntándose quién sería. El hombre siguió calle abajo, mientras yo veía como las mujeres le seguían contemplando y cuchicheando, ajenas por unos instantes a los asuntos de la fiesta. En aquella época, muy pocos vecinos llevaban traje y mucho menos un traje blanco. Los trajes de pana negra, con la boina y las zapatillas de esparto eran el atuendo normal de los hombres los días de fiesta. Para el trabajo diario, las abarcas y los pantalones de tejidos fuertes y remendados constituían la indumentaria común. Aunque ya se empezaban a ver botas de lona que hacían más llevadero el trasiego en las faenas del campo. Solamente la camisa blanca marcaba un punto de alegría. Todo el mundo se quedaba contemplándole y preguntándose quién sería semejante personaje; nadie sabía quien era y tampoco importaba mucho, pendientes como estábamos todos de la salida de las vaquillas de los improvisados toriles que se construían cerrando un tramo de una calle lateral.

\* \* \*

El último día de vaquillas, al final de la tarde, apareció en la puja del novillo que se sacrificaba. Con la muerte de uno de los becerros, concluían las sesiones dedicadas a la fiesta nacional. Después de que le dieran la puntilla, los hombres lo colgaron de una de las acacias de la plaza sujeto por los tendones y el matarife comenzó a desollarlo. La mayor parte de la carne se repartía entre los vecinos que pagaban la fiesta; sólo los despojos se vendían en pública subasta en la plaza. Mientras la orquesta interpretaba sus pasodobles al otro extremo, el alguacil se subía a una mesa con su corneta y ofrecía la casquería. El olor dulce y penetrante de la sangre del animal se mezclaba con el de la pólvora. Continuamente nos tirábamos petardos entre las piernas o a las chicas que, al estrépito de la explosión, corrían asustadas. Alguna se revolvía e intentaba darnos un soplamocos, aunque sólo Quejuan cobró en una ocasión. Perico se acercó hasta el reguero de sangre que, desde la acacia que ejercía

las funciones de colgadura del animal, descendía hasta una de las alcantarillas. Introdujo dos dedos en la corriente, todavía humeante y los sacó embadurnados del líquido rojizo. Con la otra mano se levantó la camisa y roció unas verrugas que le nacían en el costado con la sangre del animal. Nuevamente introdujo los dedos en el charco sanguinolento y, bajando un poco el cuello de la camisa, dejó al descubierto otro par de verrugas que igualmente bautizó. “Así, se me quitarán las verrugas. Me lo ha recomendado la tía Nuncia”, aseguró. Al poco tiempo, el alguacil comenzó la subasta con las primeras piezas que le hizo llegar el desollador.

—Las manos. ¿Cuánto valen las manos del animal? —pregonó elevando su voz por encima del alboroto que se mezclaba a última hora de la tarde.

Remataba cada pieza y pasaba a la siguiente en el orden en el que el matachín se las iba dando. Las sostenía con su mano izquierda para que los interesados pudieran examinarlas con detalle, mientras con la derecha manejaba la corneta de latón especialmente pulida para las fiestas.

—Dos pesetas a la una. Dos pesetas a las dos —voceaba, y después de unos segundos de espera volvía a vocear—. Dos pesetas a las tres —y hacía sonar la corneta un par de veces consecutivas para rematar la subasta de la pieza.

En la puja no se solía ver ninguna mujer, sólo hombres que elevaban la voz con sus mandados por algunas partes. Normalmente para alguna merienda. El matarife, el carnicero del pueblo, hacía el trabajo de mala gana. Ya sabía que esa carne que repartía significaba unos días en lo que no iba a tener demasiada venta. Lo compensaba cobrando un buen sueldo por su tarea a la Comisión de Fiestas.

—Los menudos. ¿Quién ofrece por los menudos? —gritó el alguacil y señaló las tripas del animal encima de la carretilla municipal, donde las había dejado caer el carnicero.

El forastero miraba complacido, aunque no hacía ningún ademán de mandar ningún precio. Algunos de nosotros, apoyados en las columnas que enmarcan la fuente, seguíamos la puja con curiosidad, esperando que acabara Julián, el secretario de la subasta. Se sentaba a uno de los lados de la mesa donde se subía el alguacil, apuntando en un cuaderno la mercancía y el precio pagado. Un miembro de la Comisión de Fiestas era el encargado de cobrar cada una de las ventas. Guardaba el dinero en una caja de farías vacía que servía de caja de caudales de las fiestas. Lo mismo se utilizaba para cobrar el impuesto festivo a los vecinos, para cobrar la entrada al baile a los forasteros o para la subasta del novillo.

De vez en cuando dejábamos la licitación y nos acercábamos hasta la verbena, especialmente cuando la orquesta interpretaba una charanga. Entonces recorríamos el juego de pelota, improvisado salón, intentando tocarles el culo a las chicas que

bailaban. El alguacil vendió los menudos en una peseta, la única oferta que pujó. “Para mis perros”, balbuceó el comprador, disculpándose; aunque quizás las entrañas del animal acabaron como callos en su plato y el caldo como compostura de patatas. Pagó al comisionado y el secretario apuntó la venta, después cogió el carrito y se llevó los despojos con su vaho pestilente.

—Solo queda la cabeza del novillo —el alguacil sopló por la corneta—. ¿Cuánto vale la cabeza del novillo?

El matarife tuvo que cortarla con un astral, hasta separarla del cuello del animal. Seguramente la cornamenta nos serviría para jugar a los toros en los recreos de la escuela. Si es que la compraba alguien que, después de una buena merienda, nos la diera una vez limpia. Hasta que empezáramos a jugar al fútbol en las eras. Entonces dejábamos los toros y poníamos nuestra atención en el balón; solía coincidir con el comienzo de la temporada de fútbol y la llegada de los primeros cromos de futbolistas en las bolsas de pipas. La puja de la cabeza del novillo fue la más concurrida. El remate fue mucho más alto que el precio de salida.

Así fueron pasando los festejos, hasta que sonó la traca final y el pueblo volvió a recuperar la cansina rutina de los días anteriores a que comenzaran las fiestas patronales. En realidad, no todo permanecía igual, empezaba la cosecha. Nunca entendí porque las fiestas patronales se disfrutaban antes de los trabajos veraniegos. No como en el resto de los pueblos de los alrededores, donde tenían lugar después de acabada la recolección de la mies, hacia finales del verano, ya en septiembre. En mi pueblo sucedía al contrario, los festejos siempre se celebraban antes de la cosecha, al comienzo, como si estuviera ya todo hecho y pudiera festejarse la recogida del cereal. Todos los que habían animado la fiesta, como el matrimonio del puesto de petardos y la caseta de tiro o la banda de música se acabaron marchando en los días siguientes. Gran parte de los visitantes también regresaron a sus faenas en la capital. En el pueblo ya sólo resistieron algunos retazos de los festejos: unos pocos banderines que empezaron a caerse de las sartas multicolores que habían adornado la plaza, rastros de pólvora de petardos en la calle formando dibujos estrellados y los regueros de la sangre de los novillos sacrificados. Unos hilillos que tardarían todavía unos días en desaparecer. En esos días, siempre había quien les daba utilidad a los restos de la fiesta. Como los críos más pequeños, que recogían las banderas de papel que arrancaba el viento y se las enrollaban a modo de guiraldas. O como Perico, que siguió untando sus verrugas con la sangre que permanecía entre las rendijas del empedrado de la plaza. Se acercaba al regato rojizo, le aplicaba una cerilla, y la sangre coagulada y reseca se derretía un poco. Entonces se embadurnaba los dedos con ella y los pasaba por las verrugas del costado y del cuello. No parece que le diera mucho resultado. Unos meses después seguía teniendo verrugas. Bien al contrario, parecía que en su cuerpo le habían florecido algunas nuevas.

El forastero, del que apenas se supo nada en aquellos días entre el jolgorio de la fiesta y el gentío, empezó a distinguirse entre los vecinos de la villa. Más pudimos comprobarlo nosotros, que al cabo del día, recorríamos el pueblo unas cuantas veces durante esos meses de vacaciones.

\* \* \*

Unos días después, cuando comenzaba a decaer el bullicio que causaba los festejos, su presencia en el pueblo se hizo más visible. Le veíamos mientras jugábamos nuestras partidas de pelota al final de cada mañana. Llegaba hasta la plaza y se sentaba en uno de los bancos. Allí esperaba durante un buen rato hasta que el cartero le llevaba el periódico. Observaba el ajetreo de la plaza, la venta ambulante, que no solía faltar ninguna mañana, o el trasiego de hombres y caballerías. Sobre todo, observaba con detenimiento nuestros juegos de pelota. Cuando el cartero le entregaba el Heraldo perdía todo interés, enseguida le arrancaba la faja de sujeción y se ocultaba tras sus enormes páginas, hasta que le llegaba la hora de acudir a comer.

La siguiente ocasión en la que el forastero se dirigió a mí, fue en el juego de pelota, tres o cuatro días después de la traca final. Nos habíamos quedado Estanis y yo para decidir quién era el vencedor de aquella partida. Estaba bastante reñida, como todas las que jugábamos. Era un peloteo duro, ninguno de los dos arriesgábamos. De improviso, Estanis decidió forzar el ritmo y me lanzó varias pelotas de lado a lado de la pista. La última que lanzó la intentó ajustar al borde del cemento que señala la zona de juego, al lado de los bancos. Corrí lo que pude, aún sabiendo que no podía devolverla. Botó sobre el último palmo de pista y salió despedida sin que, a pesar de mi desafortunada carrera, pudiera alcanzarla. La pelota acabó en los pies del forastero, sentado en el banco, que se agachó para recogerla. De la velocidad que llevaba estuve a punto de arrollarlo.

—Te ha ganado bien —comentó.

—Sí —contesté, mientras le extendía la mano para que me devolviera la pelota. No parecía esa su intención.

—Ha sido un buen tanto —continuó—. Sois buenos jugadores.

—¡Bah!—respondí con modestia, a la vez que recogía la pelota de sus manos.

El cartero llegaba en ese instante. Le entregó su periódico y el forastero se levantó del banco y echó a caminar en dirección hacia el arco. En aquella ocasión no se detuvo a leerlo. De regreso al frontón, todos que estábamos en la partida quisieron



saber en seguida que es lo que había hablado con el forastero, esperando con ansia mis palabras.

—Nada. Sólo ha dicho que jugamos bien a la pelota —contesté.

—¿Sabes quién es? —me preguntó Anselmo.

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Un veraneante —aventuró Estanis—. Se le nota de lejos.

—¡Que va! —replicó Perico—. Ha venido a comprar tierras.

—¿Para qué? —preguntó Anselmo.

—¿Para que va a ser? Para plantar cebollinos como tú —le contestó Perico de mala manera.

—Vamos a jugar —dijo Estanis, poco interesado en el asunto.

—No le hace falta comprar porque es el amo de todas las tierras de Valdesabinar. Mi padre lo sabe bien —dijo Evaristo—. Calculo que debe de tener por lo menos cuarenta medias.

Como en muchas otras ocasiones nadie hizo caso de las estadísticas de Evaristo.

—¿Quién saca? —preguntó Estanis.

—Dame la pelota. Me toca sacar a mí —me pidió Evaristo.

Enseguida nos olvidamos del asunto y nos dispusimos a jugar la última partida de la mañana. Cuando acabamos de hablar, el forastero del traje y el sombrero blanco se alejaba por debajo de las acacias hacia la fonda con el periódico debajo del brazo. Nadie sabía en realidad que relación tenía con el pueblo y que es lo que había ido a hacer allí. Al principio, todo el vecindario que sabía de él, pensaba que su llegada se debía a la necesidad de pasar unos días de verano en el campo. Alejado de la ciudad donde sin duda vivía, respirar aire puro y darse unos paseos por los alrededores. Le vendrían bien a su maltrecha pierna, comentaban. Pero nadie conocía a ciencia cierta cual era el motivo de su estancia en la posada. Las suposiciones y los cotilleos sobre el hombre del sombrero se convirtieron en el asunto principal de charla entre las vecinas que, al punto del día, se ponían a barrer la parcela de pavimento delante de sus casas. Como si se tratara de una liturgia de años. Semejante cúmulo mañanero de parlanchinas mujeres no dejaba el más insignificante callejón o la casa más alejada sin nuevas. La novedad, cuando pasaron unos días desde los festejos de finales de julio, la proporcionaba el forastero, como era nombrado cuando no se encontraba presente. Sobre todo porque no pasaba desapercibido, no sólo ya por su atuendo, atildado y desconocido, sino porque parecía contagiar su alegría en aquel pueblo aletargado.

Las especulaciones sobre la estancia del desconocido en el pueblo se esparcieron; chismes que todos escuchábamos en nuestras casas y después comentábamos en los corrillos de mozalbetes. Mientras las habladurías más extendidas aseguraban, como la que sostenía Estanis, que sólo se trataba de un veraneante que al final de los calores volvería a la capital, otros lo asociaban con antiguas familias ya desaparecidas del pueblo, que regresaba para descansar en la tierra. Sí, Estanis tenía razón, no era el único visitante veraniego, otras familias sin relación con el pueblo, acudían todos los veranos y alquilaban algunas habitaciones en las dos fondas del pueblo, la pensión donde el forastero habitaba y una posada que la dueña mantenía sólo en los veranos, o incluso alguna casa. En lo que era coincidencia general era que tenía dinero, mucho dinero. Sus vestimentas, aunque no totalmente desconocidas, eran las de las fiestas muy señaladas, no para vestirlas todos los días, como él las usaba. Otro detalle que no pasó desapercibido lo causaron sus propinas, generosas, y sus dispendios en el bar, también abundantes. En cuanto se corrió la noticia no dejaron de acercársele parroquianos de la taberna con la esperanza de ser invitados. Enseguida atrajo la atención de los asiduos de los chatos de vino y las copas de cazalla. Al poco, todo el pueblo ya sabía de las andanzas del extraño, y como era la costumbre del pueblo, ya disponía de su mote, en este caso, obligado a falta de mayores conocimientos sobre su persona, el forastero. Aunque Faíco, uno de los mozos viejos del pueblo le llamaba el cojo, pero era tan ostensible el apodo que no había tenido mucho éxito. Además, el cupo de motes alusivos a los cojitrancos, lisiados y baldados ya estaba bien cubierto en el pueblo. Decía que no le daba buena espina, ningún cojo se la daba. Todo porque no se llevaba nada bien con el guarda del pueblo, así mismo inválido de una de sus piernas, que todos los veranos le denunciaba por regar sus campos cuando no le correspondía. Varias veces tuvieron altercados en los coseos, saldados en algún caso con un paseo por el cuartelillo de la Guardia Civil y, en las disputas mayores, con una vista al consultorio médico del pueblo.

Evaristo, aunque era fuerte, sacó flojo, como siempre, y no eliminó a nadie. No tenía habilidad con la pelota. No duramos mucho jugando. En seguida se hizo la hora de comer y todos nos marchamos hacia casa.

\* \* \*

Así empezó todo aquel año que fue tan importante. Con un hecho tan simple como que un desconocido apareciera en el pueblo. No era el primero que llegaba, y tampoco fue el último. Pero no era un forastero común y corriente. No era un viajero de paso, un comprador de grano o de animales, un perito en minerales o un charlatán como alguno que asomaba de vez en cuando por el pueblo, con ansias de

embaucar algún paisano con su verborrea. Este viajero llevaba a sus espaldas algo más que sus pertenencias y su presencia en el pueblo alteró su ritmo cansino durante el año siguiente. Quizás más. En sus baúles aparecieron sentimientos que hacia tiempo parecían olvidados, recuerdos abandonados en las despensas y en los graneros y pasiones perdidas en la memoria de los viejos.

Un año especial para él y para mí. Lo averigüé mucho más tarde. Quizás no he acabado de averiguarlo completamente. Todavía me sorprende recordando algunas cosas, algunos detalles, algunas palabras, que luego con el paso del tiempo he ido rememorando. No sólo fue importante porque fue el último año que viví en el pueblo y la última vez que lo conocí como siempre lo había conocido. Lleno de gente, con la algarabía de la chiquillería en la plaza por las tardes, con el ajetreo de los hombres en el trasiego de las faenas del campo y las conversaciones de las mujeres en los dinteles de las puertas. Con sus altercados y sus reconciliaciones. Con su infinita mezcla de olores, como el aroma del mosto fermentando, la esencia destilada del espliego en septiembre y el olor de la tierra después de una tormenta de verano. Recuerdo el sabor del pan recién horneado, el jugo carnosos de las cerezas y el tacto mullido de la lana recién vareada. Aquel fue el último año que disfruté del pueblo de mi infancia.

*Los vio llegar a lo lejos por las rastreras de centeno, al pie de la sierra. Contó una decena de hombres caminando en hilera. Bordeaban el secano para andar ligeros, sin entrar en la fronda del chaparral. Ni siquiera se preocuparon de ocultar su llegada entre la maleza. El compás de sus pasos retumbaba en las lajas de pizarra. Tan seguros que llegaban a cara descubierta, anunciando su presencia. En la lejanía no podía distinguir quienes eran, apenas su silueta, aunque suponía que entre ellos estarían algunos de los que habían alzado la voz para acusarle. Seguramente, de poder hacerlo, no hubiera conocido a todos. No llevaba en el pueblo el tiempo suficiente para reconocer a todos los vecinos. Desde que habitaba la sierra, intentaba recordar sus caras pero todas le asemejaban, como se parecen los rostros de los náufragos en una balsa. No eran muy diferentes de los vecinos que dejara unos años atrás en la aldea donde nació, sólo que allí, con apenas cincuenta habitantes, podía diferenciarlos uno a uno. Ya había pasado el tiempo desde que la abandonara. Se preguntó que estaría sucediendo, desde que salió de la aldea no había vuelto: ya había pasado un buen tiempo. No sería muy diferente. Recordó sus años de mozalbete aguantando el frío de la montaña con sus raídos pantalones cortos, que no abandonaba ni en pleno invierno cuando la nieve se hundía bajo sus botas remendadas hasta la rodilla desnuda. Recordó los lejanos aullidos de los lobos acechando en la noche las corralizas del ganado. Después de sus años en la capital volvía a escucharlos, aunque esta vez solamente su imaginación los asociara a los hombres que veía avanzar a unos kilómetros de distancia. Sospechaba que esa partida no era la única; por el norte se acercaría otra, con otros tantos miembros, y es posible que otra por el Sur, junto a la raya del municipio vecino. No habrían faltado hombres en el pueblo dispuestos. Se habría corrido la voz por las casas y se habrían reunido en la Plaza Mayor al caer la noche. Habrían decidido la estrategia y separado las cuadrillas, a cuyo mando se habría puesto cualquier decidido que se hubiera hecho notar entre los reunidos. Al finalizar la asamblea, como en un acto de afirmación, habrían subido la calle hasta la taberna para sellar el acuerdo y la sentencia. Al llegar a casa habrían engrasado sus escopetas de caza, no porque lo necesitaran, que desde hacía tiempo estaban bien aceitadas, y habrían escogido los cartuchos que colocar cuidadosamente en sus cananas de badana. Se habrían acercado hasta la despensa y habrían cortado algún bocado de magra, si la hubiera, para echar al zurrón junto con la bota de vino y algún pedazo de pan renegrido. Es posible que alguno de ellos se hubiera vestido ya con sus ropajes de monte, hubiera metido el machete en su funda, se hubiese ajustado el cinto y se hubiese tumbado encima de la cama. Para estar bien dispuesto a la hora. Más de uno se habría desayunado con un par de tragos de aguardiente, antes de recorrer las calles*

*todavía oscuras hasta el extremo del pueblo. Algunos ojos les habrían contemplado desde las rendijas de las ventanas. Algunos, pocos, alentando la marcha, muchos, con la vergüenza en su mirada. Pensó que fuera posible que entre los expedicionarios hubiera algunos que no se trataran, pero la rabia contenida que habitaba sus almas era más fuerte que las envidias o los viejos recelos de alguna disputa en cualquier brazal. Al reunirse todos, posiblemente no habría hecho falta ajustar los detalles, estarían bien atados desde la noche anterior, una simple voz del cabecilla principal habría puesto en marcha la brigada, avanzando todavía en la noche y acompañando sus pasos al mismo ritmo. En silencio, puede que alguno hubiera ofrecido picadura al compañero con un gesto, aunque el tabaco fuera un bien tanpreciado como el mismo pan. Caminarían bien juntos, ocupando el espacio que permitía el camino, con los más decididos en cabeza, y quizás los que se hubiesen sentido obligados, al final. Irían a buen paso, sin detenerse a contemplar los frutales tardíos recién cosechados que la mayoría de ellos trabajaba. Al llegar al somontano, donde los caminos se bifurcan, cada uno sabría de qué lado tirar y a quién seguir. No es cosa de andarse con dudas en un momento así. Unos deseos de suerte a modo de despedida tal vez fueron las únicas palabras que cruzaron en la mañana. Al poco, cada grupo habría alcanzado las estribaciones de la sierra. Desde el día anterior sabía que iban a llegar, los había imaginado en su duermevela, avanzando sin dejar un resquicio en su formación para acabar con la alimaña. Como hacían en las batidas para la caza del jabalí. Azuzando los perros para obligarle a salir de la espesura. Aún sabiendo que llegarían no tenía mayores temores. Había bajado hasta media ladera de la montaña al amanecer con la intención de recoger unas semillas y cuando hubo acabado, se había sentado en uno de los más altos montones de ganga de la mina para contemplar la amanecida. Para ocupar el tiempo que le pesaba como la galena del filón. Así los vio entrar en la sierra.*

*Todavía tardarían un buen rato en llegar hasta donde se ocultaba. Y todavía más hasta el refugio. Le daba tiempo de subir. Recoger las pocas cosas que delataban su presencia en la serranía. Estaban todas bien escondidas, en un agujero que el agua había labrado entre las calizas. Siempre tenía la precaución, cada vez que abandonaba el refugio, de devolver sus pertenencias al hueco donde las había escondido cuando se las trajo la mujer. Era difícil que las encontraran. Estarían más preocupados de prenderle. Había encontrado una abertura en un hueco dentro de las columnas de cal que caían por las paredes de la entrada de cueva. Suficientemente ancha y oculta, era difícil encontrar el agujero. Salvo después de una recorrido minucioso de toda la bóveda, como el había hecho a la luz de unas aliagas encendidas. Al principio, para entrar en la cueva necesitaba de varias matas que arrancaba de la tierra golpeando las raíces con el pie hasta que cedían, pero con el paso del tiempo, ya no necesitaba iluminación para recorrer las primeras galerías de la gruta. Podía orientarse perfectamente por sus cámaras. Sólo con la luz que se filtraba de la*

*entrada y algunos rayos que se abrían paso por las aberturas que se abrían desde la superficie. No encontró un buen agujero en el vientre de la cueva, sólo el de la entrada.*

*Algo le decía que ya sabían de sus cuidados en el refugio al borde del bosque. Quizás fuera mejor dejar todo como se encontraba y esperar allí su llegada. Dudó unos instantes, todavía sentado en el montón de piedras marronáceas y verdosas. Aunque mejor pensado, se acercaría hasta la entrada de la cueva. Allí los esperaría, no tenía porqué esconderse. Podría recoger sus cosas. Desanduvo sus pasos hasta el alto. Con la seguridad de poder aclarar todo lo sucedido. Aunque los tiempos no eran los mejores para esperar que le creyeran, confiaba que le trataran con respeto y le condujeran hasta la cabeza de partido o le presentaran delante de las autoridades de la comarca y allí, poder demostrar su inocencia delante de un juez. Había sido un personaje importante en el pueblo. Estaba seguro de poder hacerlo. Durante el tiempo pasado allí, cuando las horas se le hacían eternas, sus pensamientos únicamente se ocupaban de ella y de las últimas horas que había pasado en el pueblo. Así pudo reconstruir con detalle el día de su desaparición y los anteriores. Los había recordado con claridad, eso pensaba, y los había apuntado en el diario. Estaba seguro de poder demostrar que él no era el culpable. Necesitaba hacerlo. Con ayuda de aquellas reconstrucciones que había ido rememorando y confiando en la ley, podría hacerlo. Estaba seguro. Aunque la ley, en aquellos turbulentos días, no fuera garantía de justicia. Subía la ladera con calma, sin volver la cabeza. No tenía prisa. La soledad le había hecho fuerte. La soledad no le asustaba como en sus primeros momentos de entrada en la sierra, cuando penetró huido y temeroso como un cachorro abandonado. Entonces tuvo que permanecer toda la noche en vela. Los últimos metros del bosque, antes de alcanzar la corraliza, los recorrió a buen paso.*

*Al llegar hasta la casa se había sentado a esperar en el banco de la entrada, mientras recuperaba un poco de resuello. Giró la cabeza en dirección al camino. No descubrió a nadie. Quizás estuviera equivocado y aquella no fuera una partida en su busca. Quizás fuera una columna de combatientes en dirección al frente. O quizás una partida de cazadores furtivos. Recorrió con la mirada el lugar que había sido su morada los últimos meses. No lo echaría de menos. Cualquier futuro antes que continuar allí. No había tenido ánimos para abandonar aquel lugar. Necesitaba algo que le obligara a dejar aquellos parajes. Deseaba que fueran en su busca. Decidió permanecer sentado un poco más y comprobar quiénes llegaban.*

*El primer disparo le sacudió su tensa espera. Habían llegado hasta el alto antes de lo que pensaba. Con el sonido del proyectil a su lado descubrió su equivocación. No venían a capturarlo. Tampoco eran milicianos o cazadores. El disparo retumbó en la sierra como un trueno corto y profundo y levanto una pequeña nube de polvo*

*de la pared, muy cerca de su cabeza. No supo que hacer. Pensó en levantar las manos, en hacer algún gesto que les demostrara que no iba a escapar, que no tenía intención de huir, que se iba a quedar inmóvil. Entonces atronó el segundo disparo y después los gritos. ¡Allí! ¡Allí!, escuchó, brotando entre la espesura de la fronda. ¡Dispara! ¡Dispara otra vez!, volvió a escuchar. ¡Mátalo, mátalo! Los gritos resonaron en su cabeza como si los estuviera escuchando allí mismo, a su lado. Nuevamente escuchó los mismos gritos surgiendo de la misma boca: ¡Mátalo, mátalo!*

Afirmó que se llamaba Martín Huerta, y todos aquellos que aseguraban haber conversado con el forastero le llamaban señor Martín. Apenas tres o cuatro vecinos; y ninguno de ellos podía sostener que hubiera conversado con él el tiempo suficiente para nombrarle con semejante familiaridad. A pesar de intercambiar saludos, con mayor frecuencia según pasaban los días, todavía durante bastantes meses fue conocido como el forastero; sin cortesías. Pocas personas recibían el tratamiento de señor o de don en el pueblo: el cura párroco, don Federico; los maestros, don Justo y don Arturo; el secretario del Ayuntamiento, el señor alcalde y el señor Cabo del puesto de la Guardia Civil. En el caso del alcalde duraba lo que el cargo. En cuanto cesaba en sus funciones, desaparecía el ceremonial y pasaba a ser otro vecino común y corriente. Pocos habitantes más disfrutaban de semejante saludos: dos o tres personas mayores con abundantes intereses en el pueblo. En el caso del forastero, parece que el respeto que infundían sus delicados modales y su cuidada indumentaria le concedían el tratamiento. Un saludo que se repetía con frecuencia aquellos días. Aquel verano, en cualquier momento del día se le podía ver caminando por las calles del pueblo saludando a diestro y siniestro, y contagiando la alegría que parecía que le desbordaba, a todos aquellos vecinos con los que se cruzaba. Especialmente a las mujeres. No estaban acostumbradas a los saludos que les prodigaba cuando pasaba a su lado; levantado con su mano izquierda el sombrero de fieltro, mientras con su mano derecha manejaba con firmeza el bastón en el que apoyaba su cojera. Todas se apuraban al responderle.

—¡Buenos días! —saludaba a las mujeres que, con la bolsa de pan, se detenían a charlar en medio de la calle— ¿Cómo están?

—Buenos días nos dé Dios —le respondían cautelosamente, levantando la vista de la escoba y el badil, las mujeres que a media mañana aparecían al unísono para barrer el portal de sus casas.

Al margen de su nombre, no se conocía ningún detalle más de su persona. Nadie en el pueblo parecía conocer a ciencia cierta quién era el desconocido. De quién se trataba. A todas horas se le podía ver caminando por las callejuelas del pueblo.



Deteniéndose en cada cruce, en cada rincón y en cada portal. En cada parada, movía la cabeza de un lado a otro, sin dejar nada a su escrutinio. De vez en cuando, sacaba una pequeña libreta del bolsillo interior de su chaqueta y apuntaba algo, con un minúsculo lapicero que guardaba entre las tapas del cuadernillo. El pueblo contemplaba sus idas y venidas, y observaba sus miradas y sus apuntes con asombro y con un punto de recelo. A su vez, todos se le quedaban mirando. Intentando encontrar cuáles eran los detalles que llamaban su atención, que buscaba con la vista y cuales eran los propósitos de tanta inquisición. Deseando averiguar que es lo que quería saber. Le escrutaban los ojos buscando las preguntas que demandaban. Sin embargo, nadie conseguía interpretar sus miradas. Los cristales oscuros de sus gafas impedían conocer con exactitud qué contemplaban sus pupilas y el propósito de sus investigaciones.

Algunos días, temprano por la mañana, cuando ya nos disponíamos a jugar, le veíamos cruzar la plaza y comenzar el descenso hasta el río atravesando los olivos del pie de la ladera. Disfrutando el frescor de la vega, paseaba hasta mediada la mañana entre huertos y acequias. Pasado el meridiano lo volvíamos a encontrar en la plaza, esperando la llegada del cartero con el correo. Luego, cuando ya el sol empezaba a declinar, volvíamos a verle aparecer y sentarse en un banco de la plaza mientras contemplaba nuestros juegos. Se sentaba junto con los otros viejos que también disfrutaban el ocaso de la tarde en la plaza, terminada su partida de cartas en el café.

Parecía alguien totalmente perdido entre la negrura y las arrugas de los jubilados del pueblo. En los primeros días de su estancia en el pueblo rara vez cruzaba algunas palabras con ellos. Además, hablaba con un acento que sonaba raro y, a veces, usaba unas palabras que parecían de otra época. Al anochecer, cuando las sombras facilitaban los juegos de astucia y nos disponíamos a jugar al marro, se acercaba y se sentaba en el banco que, por aquel entonces, cruzaba la plaza y demarcaba el juego de pelota del resto. Aquel asiento le permitía una mejor visión de como se desarrollaba la partida. Más de alguna vez teníamos que hacer el quiebro corriendo y ayudándonos en su figura. Era como un elemento más al que rodear, como las acacias situadas al frente de la Casa de la Villa. Así, tu perseguidor del bando contrario tenía más dificultades para agarrarte y podías regresar a tu campo sin haber sido hecho prisionero.

Otras veces lo veíamos caminar hacía el Oeste, en dirección hacia Valdesabinar y las vías del ferrocarril, alejadas tres o cuatro kilómetros del pueblo. El tren solamente atravesaba el territorio, no se detenía. Cuando trazaron las vías, hacía un siglo, el ayuntamiento intentó que permitieran siquiera un apeadero, aseguraban los viejos. Según se lamentaban, hubiera sido bueno para el pueblo. No estaría quedándose deshabitado tan de repente. Así, quién quisiera llegar en el tren correo

hasta el pueblo, debía detenerse en el pueblo anterior, alejado no muchos kilómetros, pero separado por los montes de la sierra, con lo que obligaba al viajero a transitar el camino que asciende por el collado. Una vereda estrecha entre pinares que no tenía buena fama en el pueblo; se sostenía que las tormentas que llegaban de esa región no descargaban nada bueno. O bien podía bajarse en el pueblo siguiente donde se detenía el tren, con lo que la distancia todavía era mayor. Considerando todas las opiniones, era una desdicha para el pueblo que el ferrocarril no hubiera dispuesto ni tan siquiera un apeadero. Cuando se produjo la llegada del desconocido, en aquel año, pasaban dos trenes correo al día, por la mañana y por la tarde. Antes, según parece, circulaban más. Oíamos su silbato cuando avanzaba a lo lejos, entre túnel y túnel, avisando de su camino. En días claros o con viento sur se divisaba el humo negro de la locomotora. Como en todo el río no había ferrocarril, el único medio de transporte público era el coche de línea. Era el vehículo que unía todo el valle con la capital. Tenía su cabecera en el pueblo y bajaba todo el río, hasta otra estación de ferrocarril de otra línea que distaba treinta kilómetros. Se detenía en todos los pueblos, seis en total, aunque la distancia sumada entre los cinco restantes era aproximadamente la misma que entre mi pueblo y el siguiente.

Por ese motivo, el pueblo sigue estando alejado de todo. Según Evaristo, que de esto aparentaba saber un rato, es uno de los pueblos con más jurisdicción de la provincia, sobre todo de los de montaña. El terreno agreste y la lejanía a otros núcleos no facilitaban al pueblo disfrutar de mejores comunicaciones. Era una de las razones por las que apenas había recorrido una pequeña parte de todo su territorio. Las zonas más alejadas, en las dos sierras que encerraban el valle, solamente las conocía desde la distancia. Subíamos a lo alto del casco urbano, junto al depósito del agua, levantado a principios del siglo, o al castillo medio derruido y desde allí dirigiendo la vista hacia uno u otro lado se podían divisar los montes. Estaban plagados de animales y de alimañas. Muchos días de invierno, los cazadores abatían jabalís o algún corzo que descargaban en medio de la plaza al rematar la jornada. Los dejaban un buen rato junto a las barandillas de la fuente para que el pueblo pudiera contemplar los trofeos. Además de todos los mozalbetes, salían los hombres de la taberna para alabar la puntería de los cazadores y comentar el aspecto de las alimañas, e incluso alguna mujer dejaba sus perolas o sus bordados para asomarse a contemplar los colmillos de los bichos. Aquellos animales muertos todavía encendían más nuestra imaginación sobre los territorios inexplorados de las sierras.

\* \* \*

La búsqueda de aventuras fue lo que nos empujó aquel verano a salir del pueblo de excursión hacia una de las sierras. La sierra que encerraba el valle por el este, Alcairel. Aquel año, unos días después de la fiesta, ya nos considerábamos bastante fuertes y decididos como para poder andar sin compañía. Un día por la tarde, a principios de agosto, cuando ya nos aburríamos del verano, alguien propuso ir a la mañana siguiente hasta unas ruinas árabes, de las que todos habíamos oído hablar aunque apenas alguno sabía de la naturaleza de tal poblado. Pocos de mis amigos, aquellos que su padre era agricultor o pastor, había llegado más lejos de los tierras cercanas de la vega donde íbamos a robar domasquinos en los huertos, o a pescar cucharetas en los pilones de ganado. Decididos a ello, al amanecer, debajo de una de las acacias de la plaza, nos juntamos los expedicionarios. Cada uno con su macuto o su zurrón y su bocadillo mañanero dentro.

Cuando estuvimos todos, comenzamos el descenso hasta el río, bajo la atenta mirada de todos los hombres que se reunían en el rincón de María Ramas antes de iniciar su jornada en el campo. Las bromas que nos gastaron no pasaron de comentarios sobre quien llevaba el almuerzo más grande. Una escena bajo la atenta mirada del forastero que contemplaba nuestra partida desde el arco, seguramente recién aparecido para sus diarios vagabundeos. Dejamos atrás las últimas casas del pueblo y seguimos el camino que, bordeando los olivos, conduce hasta la vega. Este era un tramo que conocíamos bien, el campo de batalla de nuestras correrías y luchas de muchas tardes. Escondidos entre los gruesos troncos de los olivos no hacía mucho tiempo que éramos indios o vaqueros, policías o ladrones, buenos o malos. En aquella ocasión, íbamos hablando tranquilamente sobre lo que esperábamos encontrar en el antiguo poblado.

El descenso concluía con la llegada al puente que cruza el río, levantado con areniscas bien labradas del cercano monte. Como siempre que andábamos por allí, nos detuvimos a mirar por encima del pretil. Intentamos descubrir, a través de la maleza que ocultaba gran parte del cauce, el ondulante movimiento de alguna trucha o algún barbo. Con la intención de tirarle una pedrada. No tuvimos la fortuna de divisar la silueta de ningún pez serpenteando entre la corriente y, como tampoco podíamos permanecer allí durante mucho tiempo, reanudamos nuestro camino. Un poco más allá del puente, el camino asciende una pequeña loma junto a unos almendros y a partir de allí, el territorio era absolutamente desconocido; al menos para mí. No es que el poblado moro estuviera muy lejos de allí, pero la novedad del sendero nos hacía sentirnos a todos un poco alterados. Un labrador nos descubrió caminando mientras trabajaba sus árboles en la ladera y se acercó para preguntarnos dónde íbamos tan de mañana. Los más decididos enseguida le contestaron hacia dónde nos encaminábamos, dándose importancia de ser los conductores del hatajo de mocosos.

Poco a poco nos fuimos adentrando en terrenos desconocidos. Teníamos que bordear todo el monte de romeral, dejando a nuestra derecha una acequia que regaba los campos situados a menor altitud; marcaba la divisoria entre el secano y el regadío, acentuada por el camino que bordeaba el canal. Los frutos de los árboles apenas se dejaban vislumbrar entre las hojas que cubrían las ramas. Terminada la época de las cerezas, todavía faltaba algo para las ciruelas y los alberjes y aún más para la recolección de manzanas, peras y melocotones, que eran los más tardíos, así que no teníamos excusa para detenernos y coger algo.

Íbamos doce en el grupo, todos los que éramos de la quinta en el pueblo y alguno de más edad. De entre todos ellos, yo era de los jóvenes junto con Quejuan, mientras que Vicente era el mayor. Fue la última vez que nos acompañó, aunque le faltaba un año para dejar la escuela, la abandonó aquel verano y se puso a trabajar en el campo. Sin embargo, el que realmente intentaba capitanear el grupo era Anselmo. Era el que daba a entender que conocía el camino, ayudado por Perico. Según afirmaba, su padre recorrió ese camino durante unos años yendo a los montes cercanos como carbonero. Posiblemente, el único que realmente conocía la senda era Estanis. Su familia encerraba los rebaños cerca de allí, y alguna vez había tenido que ir a ayudar a recoger las cabezas con su padre y su hermano mayor al atardecer.

El caso es que, poco a poco, fuimos alejándonos de los lugares conocidos y cuando terminamos de rodear el romeral dejamos atrás la silueta de las ruinas del castillo. Hasta entonces, podíamos vislumbrarlo a nuestras espaldas, como punto de referencia que al girar la cabeza, siempre encontrábamos. Su presencia a nuestras espaldas nos daba tranquilidad. Más o menos, ya habíamos cubierto la tercera parte del camino y frente a nosotros se divisaba un terreno ondulado, en el que el camino aparecía y desaparecía en una sucesión de pequeñas subidas y bajadas. Hasta que la vista alcanzaba el horizonte, en las laderas azul verdosas de los montes de Alcairel. Era la primera vez que se encontraba tan cerca de ellos y tan alejado de casa. En aquellos momentos no imaginé que pudieran ser de otro país; es lo que me parecía cuando los contemplaba desde los altos del pueblo, tan distantes como los divisaba. Aunque yo sabía que detrás de ellos continuaban las mismas tierras, solo que se bajaba hasta el valle del que me hablaba mi padre y sobre el que se extendía la capital de la provincia. En ocasiones, encima de sus cumbres ralas, podíamos distinguir bandadas de buitres, sobrevolando en círculos. Eso afirmó Perico; buitres oteando el terreno en busca de alimento. Evaristo contó rápidamente una veintena de aves carroñeras que pasaron a engrosar su memoria estadística. Al oeste, las faldas de los montes seguían ascendiendo hasta que culminaban en una cima redondeada que dominaba toda la sierra. Hacia el este, la topografía descendía en una planicie boscosa que bruscamente se cortaba en unos enormes farallones calizos asemejando la proa de un barco. Seguidamente, una serie de agujas aisladas marcaban la antigua

extensión de la planicie, restos que la erosión del macizo calcáreo había labrado con el tiempo. Las Peñas Albas destacaban en la cuerda de la sierra. Antes de llegar a nuestro destino, según las explicaciones de Anselmo, debíamos llegar hasta un barranco, afluente del río principal que acabábamos de dejar atrás. En la orilla opuesta del cauce según nuestra dirección, se localizaban las ruinas de los moros.

Fuimos charlando animadamente, imaginando que es lo que podíamos encontrar al llegar: en opinión de unos, encontraríamos enterrados unos tesoros que nos darían la fama en toda la comarca; otros, como Quejuan, solamente pretendían pasar una mañana alejados del pueblo y pensar que habían crecido algo a cada paso del camino. Es posible que alguno temblara imaginando que nos topáramos con alguna fiera o alguna alimaña. Sabíamos que los montes lejanos albergaban cientos de alimañas y las historias que se contaban de ellos nos impresionaban a veces. Por el pueblo corría la historia de un inmenso jabalí al que nunca nadie había logrado dar caza, con unos colmillos enormes y una piel dura como la piedra que impedía que los disparos de los cazadores la atravesaran. En los inviernos, durante la temporada de caza, se aseguraba en el pueblo y se comentaba entre nosotros que alguien le había alcanzado desde un puesto, sin conseguir matarlo. A cada nuevo relator del incidente, aumentaba el número de disparos que había soportado la bestia. Nunca eran suficientes. Lo más que llegábamos a ver eran los jabalíes que traían al pueblo. Muertos no parecían tan fieros, apenas unos cerdos con piel espesa y su morro lleno de babas y de tierra reseca.

Otras veces eran los gatos monteses los animales que ocupaban nuestras imaginaciones, siempre que nos acercábamos al bar, donde un gato disecado decoraba uno de sus estantes, junto con las botellas de ginebra y alguna de whisky. El taxidermista le colocó una postura rampante con una de las patas delanteras amenazantes. Dispuesto a atacar en cualquier momento. Quien más, quien menos, todos pensábamos que podíamos encontrarnos al gran jabalí cerca del lugar donde íbamos, aunque sabíamos que todavía estaríamos muy alejados de su territorio y no se iba a atrever a abandonarlo para enfrentarse a nosotros. En esa charla estábamos cuando Anselmo se hizo definitivamente con el liderazgo del grupo para la excursión. De su macuto a la espalda extrajo una pequeña azadilla que había encontrado entre los aperos de su padre. Con ella, podríamos cavar en el suelo para encontrar el tesoro escondido y con ella, explicó jubiloso, derrotaríamos al gran jabalí. Después de detallarnos como iba a utilizarla para ambos trabajos, se colocó en cabeza del grupo con la intención de dirigir la expedición hasta llegar a las ruinas árabes.

Ya llevábamos un buen rato andando y el romeral lo dejábamos cada vez más en la lejanía cuando ascendimos un pequeño altozano desde el que se divisaba el barranco a cuya orilla nos dirigíamos; todavía a un buen trecho. A una señal de Anselmo, nos detuvimos para intentar determinar hacia donde debíamos encaminarnos.

Por más esfuerzos que hacíamos por localizar las ruinas, nadie era capaz de señalar con seguridad donde se situaban. Estábamos a punto de iniciar el descenso hacía el cauce seco del barranco, cuando escuchamos una voz que nos llamaba desde unos campos cercanos.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Dónde vais? —un pastor nos contemplaba tranquilamente desde unos barbechos. El rebaño apacentaba oculto detrás de unas piedras que hacían las veces de murete de la finca. Además, con las ansias por llegar a nuestro destino, no nos percatamos de su presencia— ¿Vais a las ruinas?

Todos respondimos afirmativamente, secundando la primera voz de Anselmo, que nuevamente tomaba la iniciativa. Apenas le conseguimos ver el rostro, situado a contraluz y parcialmente oculto por una gorra de visera que le guarecía del sol. Cuando se fue acercando pude reconocer de quién se trataba. Apenas había coincidido media docena de veces con él y, la mayoría de las ocasiones, al caer la noche, cuando llegaba de recoger el rebaño. Solamente en una ocasión, cuando los pastores celebraban su fiesta me crucé con él en la plaza: engalanado con su mejor camisa que en su estreno debió de ser blanca, y que, entonces, lucía brillos amarillentos; el pelo peinado hacia atrás y apelmazado con gomina y bañado en colonia a granel. En su rostro cobrizo aparentaba no ser de mucha más edad que nosotros, apenas media docena de años mayor. Aunque a nuestros ojos, el aplomo que aparentaba en la soledad de su trabajo le otorgaba galones de persona madura.

—¿Ya sabéis donde están? —preguntó cuando llegó a nuestra altura.

—Más o menos —esta vez fue Estanis el que respondió, no en vano era uno de los que siendo hijo de ganadero posiblemente mejor conocía al pastor.

Comprobando que no andábamos muy seguros de donde acabaríamos, se apresuró a indicarnos su ubicación. Aunque no habíamos sido capaces de divisarlas, se podían distinguir desde allí y señaló aguas abajo del barranco.

Cuando lleguéis al barranco, al cruzarlo os aparecerán dos caminos: uno que sigue hacia el monte, el más claro y otro que bordea el barranco, con más ribazo. Ese el que hay que coger y al seguirlo llegaréis hasta los casares enseguida, justo allí —Pude distinguir a lo lejos unos montículos de piedras claras que destacaban sobre los tonos rojizos de pizarras y areniscas de todo el piedemonte de la sierra—. Estaré por aquí toda la mañana. Si eso... me dais un grito —dijo ofreciéndose. Es verdad que a lo largo de la mañana no dejamos de verlo en la lejanía y cuando no lo divisábamos, seguíamos escuchando el sonido de las esquilas y los campanos, ahora que ya sabíamos que la manada pacía en los alrededores.

En cuanto Isidro, que así le llamó Estanis al despedirnos, nos indicó el camino para llegar a las ruinas, reanudamos la caminata sabiendo ahora con exactitud donde

se localizaba nuestro destino. Estábamos un poco alejados todavía; aún así, el último tramo del camino que descendía hasta el barranco lo hicimos a toda prisa, como si nos fueran a quitar la tierra de en medio. Rápidamente alcanzamos el cauce seco, sorteado por el camino en una zona en la que la erosión no había marcado con tanta violencia el tajo por donde discurría. Algunos saltarines atravesaron la hondonda brincando sobre las piedras rojas de las paredes de los declives para llegar antes a las ruinas; como si plantarse los primeros les fuera a otorgar el privilegio de encontrar el tesoro que todos creíamos se escondía en el vientre de los montones de piedras.

Como yo utilicé el camino normal, fui de los últimos en llegar. El poblado, por denominarlo de alguna forma, se reducía a unas acumulaciones de piedras, nada bien alineadas. Daba la impresión que cada montón estaba tirado en la ladera al tuntún. Los espacios entre los montículos podían asociarse a calles por las que debieron andar los moros, pero en ese caso debía de ser bastante complicado ir de un sitio para otro; cuando yo registraba un montón y levantaba la cabeza y miraba a mí alrededor no veía más que otros montones, y si me cruzaba con uno de mis compañeros y le seguía, nada más darse la vuelta detrás de uno de ellos, lo perdía de vista. Todos los cúmulos eran de piedras blancas con vetas muy oscuras de óxido; piedras que no asemejaban con las rocas bermellones de la zona que acabábamos de atravesar en nuestro camino. Cada uno por su lado, empezamos a recorrer los apilamientos de restos pedregosos, buscando algún indicio de las riquezas que escondían.

Mientras algunos empezaron a retirar los cantos de las pilas, Anselmo se dedicaba a cavar con su azadilla por todas partes sin profundizar en ninguna y sin encontrar nada. Los demás simplemente nos dedicábamos a recorrer el lugar y a disfrutar de la sensación de caminar por un terreno desconocido. Aparecieron algunos fragmentos de cerámicas semienterrados o mezclados con las cuarcitas y areniscas amontonadas. Nada más valioso que la arcilla cocida. Después de media hora en la que todas los intentos por encontrar algún tipo de objeto de valor resultaran infructuosos, decidimos, siempre según las indicaciones de los jefes de la tropa, sentarnos a dar cuenta del almuerzo. Saqué mi bocadillo de chorizo de la mochila y la cantimplora con agua. Era el único que llevaba líquido, los demás imaginaron que circularía agua por el barranco; pero no era el caso, bajaba seco y la acequia más cercana la habíamos cruzado bastante detrás del último alto.

Cuando dimos cuenta de la merienda y de mi cantimplora, alguien habló del cementerio del poblado. Según los más entendidos, las tumbas de los moros bordeaban una finca costera en la que medraban unos almendros jóvenes. Como disponíamos todavía de un buen rato de mañana, decidimos ir a comprobar las sepulturas; pensando en volver a los casares para una última batida. Medio kilómetro al norte encontramos un campo de almendros que supusimos era el camposanto

de los queinfeles, según los denominó Quejuan. Los bordes de unas losas de areniscas hincadas verticalmente en la tierra parecían dar una idea de un rectángulo alargado que bien se podría corresponder con las formas de una sepultura. De inmediato, sin apenas meditar en lo que hacía, Anselmo cogió su jada y comenzó a cavar frenéticamente mientras hablaba de como los moros se enterraban con todas sus joyas y posesiones. Según él, el maestro lo había explicado cuando estudiamos las lecciones de la Reconquista. Ninguno recordamos que don Justo hubiera explicado algo similar.

Ninguno de nosotros le creía demasiado, quizás Perico. Yo pensaba que era posible que los moros enterraran a sus muertos con sus riquezas, pero aquellos andurriales no disponían de riquezas que enterrar. Nada. Solamente lo que hubieran podido traer desde sus tierras o desde otras más ricas. Algunas minas de hierro abandonadas hacía mucho tiempo y una de plomo con algo de plata, según se lo había escuchado a mi padre, que permanecía inundada de agua, en Alcairel. Así que yo miraba con desconfianza las hincadas de la azadilla en la tierra, cada una más fuerte que la anterior con las que Anselmo, ayudado por Perico, intentaban perforar la tierra marcada por las losas. Al cabo de un rato, otros, como Evaristo, Severino y Goyo, les relevaron. Poco a poco, fueron haciendo un hoyo, no demasiado profundo y sorprendentemente del fondo del agujero apareció un fragmento extraño. Un trozo de cerámica. Como los otros que habíamos encontrado entre los montones de piedras. Exactamente igual. Con la misma forma y los mismos bordes alabeados. Animados por el descubrimiento, siguieron cavando con más fuerza. No volvió a aparecer ningún otro tesoro. Estanis y yo, acompañados por Julián, abandonamos el camposanto moro y volvimos a las ruinas, mientras los demás seguían su frenética búsqueda del tesoro escondido entre los huesos de los muertos. Al poco también llegó Emilio.

Volvimos a dar unas vueltas por los montones de piedras y a recorrer las antiguas calles convertidas ahora en tenues empedrados transformados por el tiempo y los matorrales. A lo lejos, junto a los almendros, veíamos como seguían cavando. Los sonidos de la azada se mezclaban con los aullidos de los perros guardando el rebaño. De repente, a mis espaldas Estanis gritó.

—¡He encontrado una moneda! ¡Mira, he encontrado una moneda! —vino corriendo hacia mí, llevando en la mano algo que parecía un disco redondo. Entre la capa de tierra que todavía la envolvía y el oxido apenas dejaba ver una porción de su borde.

—¡Déjamela ver! —le pedí, y cuando me la entregó intente quitarle la tierra que la cubría arañándola; lo único que conseguí fue llenarme las uñas de tierra.

—Vamos al barranco —dijo Estanis cuando comprobó que no podíamos limpiarla. Para entonces Emilio y Julián, se habían unido a nosotros con las mismas ansias por descubrir las caras de la moneda.



Se la devolví y los cuatro bajamos hasta el barranco en busca de una charca donde introducir el redondel y mojar la reseca tierra que lo cubría. Recorrimos el lecho seco del barranco en todo el tramo que bordeaba las ruinas; sin encontrar agua por ninguna parte. Como vaciamos mi cantimplora con el almuerzo, si no aparecía alguna poza en el cauce, tendríamos que lavar la moneda en la acequia camino del pueblo. Por fin, aguas abajo de la vertiente donde se situaba el poblado, Emilio encontró un charquillo, en un agujero erosionado de la arenisca y allí nos dirigimos.

Estanis puso el redondel en el agua aterrada y al poco, toda la tierra reseca que cubría el metal se fue disolviendo. Unos relieves desvaídos aparecieron en las dos caras de la moneda; unos caracteres extraños de formas que desconocíamos. Después de contemplarla extasiados durante unos instantes, volvimos los cuatro corriendo hasta las ruinas para seguir buscando. Lo hicimos sin separarnos y concentrándonos en el lugar donde había aparecido, al borde del poblado, cerca del camino principal. En esas estábamos cuando el grupo que, comandado por Anselmo, llevaba un rato cavando entre las tumbas, retornó junto a nosotros. Quejuan nos preguntó si habíamos encontrado quealgo. No le contestamos. Permanecimos en silencio. Al vernos tan enfrascados en nuestra tarea, se sorprendieron un poco y empezaron a murmurar. Querían marcharse. No parecía que hubieran obtenido ningún beneficio de sus excavaciones en las tumbas. Así tenían tantas ganas de marcharse; nosotros no. Cuando comprobaron que no les hacíamos mucho caso, estuvieron callados unos instantes, hasta que Perico tomó el camino del pueblo sin abrir la boca. Anselmo, que como siempre tenía que decir algo en su papel de jefe-cillo, nos avisó de la marcha con la intención de que le siguiéramos. Sin duda estaba ofendido por su fracaso y barruntaba que nosotros teníamos algún objeto y no lo queríamos compartir. Esperé que Estanis hiciera algo, no podíamos regresar al pueblo por separado. Cuando le miraba, levantó su cabeza del suelo y al comprobar como se alejaban nuestros compañeros, volvió su cabeza y sonriéndonos hizo un gesto para que nos quedáramos un poco más. Así estuvimos un rato hasta que el grupo de Perico vadeó el barranco y comenzó la subida. Entonces decidimos seguirles. Poco después los alcanzamos y permanecimos una veintena de pasos detrás de ellos, que caminaban en silencio y sin volver la vista atrás. Sólo Quejuan se giraba de vez en cuando, para asegurarse por donde íbamos. De haberlo hecho, hubieran visto nuestra media sonrisa de triunfo. Hicimos todo el camino de vuelta de ese modo y cuando estábamos a punto de cruzar el puente del río, decidimos contarles nuestro secreto. A pesar de la separación, todos se alegraron del hallazgo: entre todos decidimos que lo mejor sería dejarle la moneda al maestro para que investigara su procedencia. Retomamos el camino y poco después de descubrir nuestro hallazgo, nos cruzamos con el forastero. Junto al lavadero, en uno de los cipoteros del camino, contemplaba como las mujeres frotaban la ropa con jabón en las losas pulidas del fregadero. Al acercarnos, se volvió hacia nosotros y nos sonrió. Cuando

llegamos a la plaza no había muchos hombres aguantando la mañana. Los viejos de siempre. Algunos de ellos, como un viejo al que apodaban Brincapozos, enseguida pretendieron enterarse de nuestras aventuras para mofarse de nosotros. Otros nos preguntaron que habíamos encontrado; entonces les pudimos enseñar orgullosos la moneda de Estanis.

Aquella fue la primera vez que recorrí aquel camino. Pensé que tardaría en volver a recorrerlo. No sabía que no sería mucho tiempo después cuando volvería a pisarlo, sólo y sin nadie que me acompañara.

\* \* \*

—¡Eh, tú, perillán! —la fuerza de la llamada hizo que perdiera el ritmo del juego durante unos segundos y volviera la cabeza hacia mi derecha— ¡Sí, tú, ven un momento! —el forastero me llamaba otra vez. Como el día de su llegada en la parada del coche de línea.

Sentado en un extremo del banco, con su traje blanquecino apenas destacaban del tronco encalado de la acacia en el que se apoyaba. Tal y como me habían enseñado, cuando una persona mayor del pueblo me llamaba, yo dejaba todo lo que tenía que hacer y acudía. En ese momento lo que casi tenía en mis manos era a Evaristo, estaba a punto de atraparlo y si lo cogía ganaríamos la partida de marro. Esos segundos que perdí al girar la cabeza, hicieron que se me escurriera cuando ya sólo me faltaba echarle mano.

Evaristo, hijo del Artillero, era otro miembro de la pandilla, aunque algo mayor que el resto de mocetes que la formábamos. Su padre se jactaba de haber sido artillero en sus años mozos. Aunque no en el campo de batalla. Sólo se había ocupado de los explosivos en alguna de las minas que se esparcían por todo el oriente del pueblo. En los montes situados más allá de los parajes donde se encontraban las ruinas. Según aseguraba su hijo, dominaba como pocos las mezclas de pólvoras y la velocidad de los distintos tipos de mechas; y era capaz de determinar con precisión la situación exacta de los barrenos para conseguir abrir la mejor corta. Un experto en explosivos, tanto como su hijo Evaristo lo era de los pesos y medidas que se utilizaban. Dominaba las fanegas, las medias, las arrobas y los almudes como si hubiera estado horas y horas aprendiendo todas las equivalencias y era atrevido para con sólo mirar algo, establecer su magnitud, daba igual que fuera la extensión de un campo, el peso de un saco de patatas o la capacidad de una cuba. A la mínima oportunidad, sacaba a relucir sus conocimientos. La mayor parte de las veces se equivocaba, pero le dejábamos hacer; unas veces porque realmente no sabíamos de qué

hablaba, pensábamos que inventaba; y otras porque no queríamos llevarle la contraria. Se ponía muy pesado con sus conocimientos. Cada vez que andábamos por el campo nos demostraba sus nociones de agrimensura.

—Evaristo ¿Cuántas yugadas tienen los almendros aquellos de la sierra? —le espetábamos a veces, e inmediatamente con una ligera mirada desde la lejanía nos certificaba la superficie.

—Tres yugadas y cuatro medias —una valoración precisa que no dejaba lugar a la duda.

—¿Y...cuántas arrobas sacarán de almendras este año?

—No sé. El año pasado debieron sacar noventa quintales. Pesados con romana ¿eh? No a ojo —Apostilló para dar mayor fiabilidad a la conclusión.

Yo no tenía mucha idea de tales medidas, en la tienda mi padre usaba el sistema métrico decimal, y por lo tanto no sabía nunca cuando decía algo con sentido realmente y cuando no.

Me acerqué hasta el forastero y entonces caí en la cuenta que llevaba mucho rato allí sentado. Todo el tiempo que llevábamos jugando nos había estado observando. Incluso en algún momento, nos había servido de parapeto para evitar ser atrapados.

—Tienes buenas piernas —dijo en cuanto me acerqué—. Te he visto jugar al marro y al balompié.

—¡Como todos! —me apresuré a decir.

—Eres el chico de la tienda ¿no?

—Sí, mi padre es el tendero —contesté y esperé que me mandara hacer algo. Si me mandaba un recado siempre podría darme una buena propina como la que me soltó cuando le ayudé a bajar las maletas.

—Tu fuiste el que me bajaste los bártulos —sus palabras se confundieron con las llamadas de mis amigos que me esperaban para empezar un nuevo juego. Estanis acababa de atrapar a Evaristo dando por terminado aquella partida.

—¡Sí! —exclamé contento de que me hubiera recordado.

—Tus amigos te llaman —por lo que parecía, aquella noche no necesitaba de mi ayuda, así que me dejó marchar cuando escuchó las llamadas desde el otro lado de la plaza.

Cuando llegué donde esperaban todos mis amigos para comenzar una nueva partida de marro, todos me preguntaron que había hablado con el hombre del traje blanco. Para todos era un misterio la presencia del viejo andando todo el día por el pueblo, caminando dificultosamente por las calles empedradas. Todo el mundo se

preguntaba que era lo que buscaba en sus caminatas, porque hasta entonces sólo algunos viejos que pasaban todo el día en la plaza se atrevían a saludarle y a conversar con él. Más bien a interrogarle, porque no hacían sino preguntarle. ¿Qué tal lleva la mañana?, ¿Hasta donde se ha llegado? ¿Muy lejos? Como casi todos tenían achaques, empezaban la conversación hablando de su pierna. ¿Tiene molestias en la pierna?, ¿No se cansa de andar de un lado para otro? O de sus problemas con la vista. Cansados todos ellos de hablar del tiempo, de la cosecha o de sus enfermedades, esperaban escuchar algo diferente. Según todos los indicios, apenas había respondido un par de cosas. Los viejos que se acercaban a él para sonsacarle; decían que no era muy hablador, mucho menos de lo que esperaban. Usted no es de estas tierras, le aseguraban, esperando una confirmación. Cuando se podía escuchar alguna de sus respuestas, casi siempre eran parcas y cortantes. No, de bastante lejos de aquí. ¿Y... como es que ha aparecido por estas tierras? Las conocía. Un poco. Hace tiempo. No es usted hombre de muchas palabras, acababan por decirle. No, no lo soy, contestaba.

\* \* \*

A pesar de su cojera, en cualquier momento se le podía encontrar al doblar una esquina en el barrio alto, detrás de un tapial de adobe junto a las ruinas del castillo o bebiendo agua de alguna de las fuentes que salpican las calles. Otras veces se le veía caminar por la carretera, deteniéndose a cada instante y volviendo la vista hacia el pueblo. En ocasiones, se sentaba en el primer asiento del que podía echar mano, sacaba su libreta y permanecía un buen rato con el lápiz en la mano. Se entretenía contemplando los balcones con sus tendidos, las chimeneas humeando al atardecer, las aldabas de las puertas, los forjados de las ventanas y los labrados de los frontispicios de las fuentes públicas. Como le habíamos descubierto en el lavadero observando con atención la faena de las lavanderas. En ocasiones, cesaba su incesante trasiego junto a las eras que rodean el pueblo y se sentaba a contemplar la trilla, o para observar como aventaban las parvas. Nosotros también aparecíamos por las eras, era frecuente que alguno de la cuadrilla tuviera que ayudar en las labores de recogida del cereal. No había nada en el pueblo y los alrededores que no dejara de observar. Nada en las calles que escapara a su mirada. La mirada del forastero. Tanta curiosidad del forastero despertaba la atención de los vecinos. Un comportamiento que, si bien al principio de su estancia no dejaba de entenderse como un capricho de recién llegado, traspasó, con el discurrir de los días, el umbral de la curiosidad y comenzó a considerarse una intromisión en la vida del pueblo. Al principio, la vecindad imaginó que se trataba de alguien tan apegado a la ciudad que desconocía la vida rural. Era el motivo de su infatigable curioso. A los pocos días, repentinamente, el agrado con el que se celebraba la visita del forastero se agrió. Cuando

alguien dedujo que tanta inquisición, tanto afán de observación, tanto curioso no podía tener más que un único motivo: se trataba de un inspector de hacienda, un fiscalizador de los bienes del pueblo. Un controlador que apuntaba en la libreta todo aquello que le podía ser de utilidad para denunciar los sacos de trigo no declarados, los cántaros de aceite escondidos o las cabezas de ganado de más en los rebaños. Así, el pueblo se dividió entre los que únicamente le consideraban un veraneante y los que maldijeron la llegada de un inspector fiscal.

Muchas vecinas, que en sus primeros paseos por el pueblo le esperaban a la entrada de sus casas para recibir su saludo, comenzaron a refugiarse y a cerrar sus puertas en cuanto le veían asomar al otro extremo de la calle. Alguna lo consideraba incluso una violación; y si le veían llegando por el extremo de una calle, no era raro que rodearan su presencia, aunque ello supusiera un mayor esfuerzo para llegar a destino. En cuanto se supo de la posibilidad de que fuera un recaudador, pocos le saludaban como los primeros días de su llegada. O se escondían de él o se le acercaban con dos propósitos: conocer sus intenciones y de paso, intentar granjearse su simpatía, quizás, de esa forma, hiciera la vista gorda con las amistades. No le faltaron algunos intentos de los vecinos temerosos del fisco por ofrecerle algún tipo de regalo o de presente. Siempre los desechó muy cortésmente. Los hombres, más proclives a permitir la intromisión en algunos de sus asuntos, como en sus faenas, también comenzaron a esconderse del hombre trajeado. O al menos a no permitirle observar con tanto detalle en sus ocupaciones. Excepto cuando aparecía por el bar. Se había corrido la voz de la generosidad del hombre a la hora de convidar a chatos de vino. No le faltaban amigos cuando, al caer la tarde, dejaba sus correrías y se acodaba en la barra de mármol de la taberna para disfrutar de un vaso de vino y un puñado de cacahuets o un platillo de olivas negras.

\* \* \*

De improviso, cercanos ya los últimos días de agosto, desapareció de la vida en el pueblo y no se supo que podía haber sido de él. Muchos pensaron que el veraneante se habría marchado, finalizada su temporada de asueto en un pueblo de montaña. Porque al desaparecer tan repentinamente todo el vecindario dio por buenas las suposiciones que, en sus pensamientos, describían al forastero como un turista estacional o como un inspector. En el primer caso, el veraneante había dado por finalizada su estancia vacacional en el pueblo, una vez concluida su estancia por recomendación de su galeno, aventuraron algunos, y hubiera mejorado de sus achaques. No estaba mal que forasteros y veraneantes llegaran al pueblo, dijeron, siempre que no se entrometieran en la vida de sus gentes. El pueblo agradecía caras nuevas y que llegara

aire fresco. En el caso de los que cavilaban que se trataba de un recaudador, muchos respiraron tranquilos. Se sentían ufanos de haber podido darse cuenta a tiempo y haber podido ocultarle algunos de sus asuntos. Pero, la realidad era que nadie sabía que había llevado al desconocido a pasar un par de meses en el pueblo.

Nadie se atrevió a preguntarle a la dueña de la posada. Quizás, la única persona que sabría de las intenciones del hombre y también, una de las pocas personas capaces de mantener la boca cerrada y guardar un secreto. Por otra parte, era una mujer decidida que hubiera mandado con cajas destempladas a cualquiera que se hubiera atrevido a indagar cualquier asunto de sus huéspedes. Así que el pueblo se contentó con creer una de las dos posibilidades con las que se pretendió resolver la estancia del hombre del traje claro durante el verano. Todos respiraron tranquilos al volver a la rutina, a las mismas caras, a las mismas disputas, a los mismos enfrentamientos, a los mismos saludos, a los mismos corrillos en la taberna.

Pero la tranquilidad duró muy poco. Cuatro días después, su figura volvió a recorrer las calles. En seguida se conoció la auténtica realidad de su desaparición. El desconocido había viajado a la capital para realizar diversas gestiones relacionadas con su permanencia en el pueblo: Había decidido quedarse a vivir. Uno de los propósitos del viaje consistió en la compra de una casa, situada en el barrio alto, próxima al depósito de agua. Los anteriores dueños hacía ya unos meses que habían emigrado a la ciudad y no habían regresado. Durante ese tiempo, la casa estuvo en venta sin encontrar comprador. No faltaban casas en oferta en aquellos tiempos. Entonces se ofrecían baratas. Fue aquella la época en la que casi todas las semanas, alguna familia emigraba en dirección a la capital o incluso más lejos. Al poco tiempo, y por el camión de transporte que cada martes recorría el río y llegaba hasta el pueblo, le llegaron varios baúles y maletas. Para subirlos hasta el pueblo contrató unos mozos que, a cambio de sus servicios, recibieron un buen jornal. Intentaron transportarlos al hombro, pero eran bastante pesados y de manejo complicado, así que buscaron un carromato tirado por un percherón y los transportaron hasta la nueva vivienda del forastero. Nos enteramos porque uno de los mozos fue el hermano mayor de Evaristo, Matías. Estábamos jugando por los cerros enfrente del pueblo cuando sucedió. También contrató unas mujeres del pueblo para que le atendieran y se ocuparan de la casa. Una de ellas era Asunción, que yo conocía bien, porque a veces, con motivo de alguna fiesta, venía a mi casa a ayudar. Pasados unos días, el extraño ya estaba instalado en su casa. Todo el pueblo se enteró de que un nuevo inquilino engrosaba el vecindario del barrio alto. Semejante noticia aumentó las habladurías. Había dejado de ser un veraneante para convertirse en un vecino más. Un vecino del que nadie conocía detalles. Un vecino con un montón de baúles, maletas y cajas pesadas, sin duda llenos de misterios.

\* \* \*

Apenas pasaron un par de días desde que se supo que el forastero había dejado la fonda y se había acomodado en su nuevo hogar cuando entró en la tienda. Por vez primera mientras yo despachaba, porque ya había comprado en otras ocasiones. Tabaco y algún artículo de aseo. Cercana la hora del mediodía en la que salía a jugar a la plaza, abrió la puerta vestido con un impecable traje de color crema, chaleco del mismo color y sombrero a juego con una banda marrón. Debajo del brazo el Herald; el cartero acababa de hacer el reparto. Al atravesar la puerta y verme enfrente, en las estanterías del tabaco me sonrió y se dirigió directamente hacia donde mi padre atendía; en el mostrador de los comestibles. Esperó en la cola tras las mujeres que tenía delante, que al verle entrar dejaron de parlotear. Cuando le tocó el turno extrajo una cuartilla doblada del bolsillo derecho de la chaqueta. Allí llevaba apuntado el pedido. Compró dos kilos de arroz, otros dos kilos de azúcar, harina, una docena de huevos extras, embutidos de todas las clases, salchichón, chorizo, longaniza y queso. Compró también muchas conservas, chocolate, una caja de galletas marías, legumbres a granel: lentejas, judías y garbanzos, olivas verdes y negras, también a granel, que mi padre sacaba de unos botes de hojalata enormes con un cazo de madera con unos agujeros en el fondo para escurrir el líquido de la conserva. Compró más cosas que se me olvidan. Para rematar la compra, también pidió unos artículos de limpieza, la lejía de las botellas de plástico amarillas y estropajos y paños de cocina. Fue la mejor venta. Mi padre, como era su costumbre, dejó todos los artículos sobre el mostrador, bien a la vista, e hizo la suma del total sobre el papel de estraza. Cuando acabó repasó la cuenta señalando uno por uno todos en la suma y en el mostrador y recortando el papel del pliego, se lo entregó. No hizo ningún caso a la suma.

—¿Me podría vender también unos pliegos de este papel de estraza? —preguntó mientras extraía una cartera de piel del mismo bolsillo de la chaqueta.

—¿Cuántos necesita?

—Los que pueda venderme. Me vendrían bien. Preferiría papel secante, aunque me parece que por aquí es difícil de conseguir.

—Se lo puedo encargar si lo necesita.

—Me haría un gran favor si me lo consiguiera. Mientras tanto, me puedo apañar con unos pliegos de este. Puede hacer las funciones de papel secante.

Mi padre cogió un buen manojito del papel y lo enrolló. Era un papel de estraza sin ningún tipo de satinado. Normalmente no solía dar más que uno o dos pliegos si no le quedaba mucho remanente, pero todavía tenía un buen cajón en la trastienda, con varias resmas, y no dudo en entregarle el mazo al forastero. Más para un buen cliente como él.

—Aquí tiene.

—Muchas gracias –dijo mientras sacaba un billete de mil pesetas de la cartera. No se veían muchos por entonces—. Apunte también el papel en la suma.

—No es necesario. Si necesita más, tengo de sobra –cogió el billete que el forastero le tendía.

—Gracias.

—No tiene importancia. Le pediré el papel secante.

Después de devolverle el cambio, mi padre le preguntó como iba a llevarse toda la compra.

—No lo había pensado, buscaré alguien que me ayude a subir todo esto, podría guardármelo aquí en unas bolsas de plástico mientras encuentro ayuda. Hoy Florinda no ha podido venir –me quedé un poco sorprendido, no teníamos bolsas de plástico. Las únicas eran las de papel basto que servían para los artículos a granel. De ellas, las más grandes, las de dos kilos, no daban para tanta compra. Harían falta varias bolsas.

—No se preocupe –fue la contestación de mi padre que me hizo una seña con la mano para que me acercara desde el mostrador del estanco—. Busca dos cajas de cartón vacías para poner todo esto.

Fui a buscarlas a la trastienda y encontré varias en las que llegaba la saca del tabaco y otras de las botellas de aceite. Empecé a poner toda la compra en ellas, repartiendo el peso porque imaginaba lo que iba a suceder después. No me quedaba ninguna duda de que me iba a tocar subir las cajas hasta la casa del forastero.

—Bien –dijo mi padre—. Ahora coge una caja y súbela hasta la casa del señor. Después vuelves y subes la otra.

—No hace falta que mande a su hijo... –inició una evasiva sin demasiado esfuerzo.

—No se preocupe, así hace un poco de ejercicio, que hoy no ha hecho nada.

Visto el resultado, cogí una de las cajas y salí de la tienda acompañando al cliente. Me abrió la puerta y al salir a la calle intenté acompasar mi paso al suyo, lo que me creaba más dificultades. Entonces me preguntó:

—¿Sabes donde vivo?

—¡Claro!. Todo el mundo lo sabe, junto a la plaza alta –me miró un poco sorprendido de mis palabras.

—Parece que nada haya cambiado –suspiró con resignación—. Bien, llévala allí. Yo no puedo ir a tu paso. Subiré más despacio. No tengo tus piernas. La puerta



estará abierta, entras y dejas la caja encima de un mueble que hay a la entrada, al fondo. Iré poco a poco –volvió a repetir cuando ya empezaba a alejarme de él.

Mientras iba subiendo, con la caja auestas, me preguntaba porque habría comprado una vivienda justo en la zona donde más complicado le resultaba subir. Si quería vivir tranquilo era un buen sitio, distante de la plaza, el centro de la villa, o de las tiendas y el bar, aunque en los alrededores todavía vivían bastantes familias. No era un gran trecho, pero sí empinado. Podía haber comprado una casa cerca de la plaza y no habría tenido que subir y bajar con su cojera como lo tenía que hacer desde donde se había instalado junto a la plaza de arriba. Con su corpulencia parecía un hombre fuerte, aunque su pierna maltrecha le daba un aire de desamparo. Con esos pensamientos llegué hasta su casa. La puerta estaba totalmente abierta, un toldo de lona azul nuevo con dos rayas blancas en la parte inferior ocultaba el patio de la vista y de las moscas. Apartándolo a un lado pude entrar y dejar el paquete, que ya me empezaba a pesar, encima de un arcón de madera antigua. A los lados de la mesa, dos tinajas vacías que seguramente pertenecían al antiguo mobiliario constituían la única decoración de la entrada. Todo el zaguán desprendía un penetrante olor a barniz. Por las escaleras descendían dos mujeres del pueblo hablando entre ellas. Una de ellas Asunción; no llegué a saber quién era la otra. Sin que me preguntaran, les dije que debía volver por otra caja y eché a correr calle abajo. Me crucé con el forastero cuando apenas mediaba la cuesta, tuve que echarme a un lado en la carrera para no avasallar. Estaba detenido contemplando los aleros de un tejado. Supuse que podía subir de nuevo y todavía no habría llegado arriba.

Recogí la otra caja, que pesaba algo menos que la primera y retomé la subida. Como había calculado, llegaba a mitad de la cuesta cuando llegué a su altura. Intenté pasarle deprisa, y cuando me vio sobrepasarle escuché como decía.

—Cuando llegues arriba esperas que yo llegue. ¿No te importa esperarme un poco?

Le contesté afirmativamente y empecé a pensar en la segura propina que me esperaba. Como la vez anterior, llegué hasta la casa, las mujeres continuaban en el patio y me recogieron la caja; luego salí a la calle a sentarme en un poyo de piedra situado enfrente, junto a la puerta de la carpintería.

Tardó todavía un rato en llegar. Desde donde le esperaba sentado podía comprobar por donde subía. Desde que apareció a mi vista hasta que por fin alcanzó la casa, dudé si acercarme para que me diera ya la propina.

—¿Ya estarás cansado de esperarme, no? –me preguntó cuando le faltaban unos metros.

No... bueno, un poco –vacilé sobre lo que tenía que decir, porque en realidad sí que tenía razón. Me levanté del banco de piedra.

—¿Pesaban mucho las cajas? Ven conmigo, acompáñame —pidió sin hacer ningún ademán de buscar nada en el bolsillo.

Apartó el toldo que cubría la puerta y entró en el patio. Ya no estaban las cajas, el olor a limpieza que se respiraba seguía siendo el mismo. A la derecha de la entrada, a través del hueco de una puerta, pude ver la antigua cuadra que mantenía los pesebres y las argollas para amarrar los animales. Llegaban de allí algunos vahídos muy fuertes y penetrantes de zotal que se mezclaban con el aroma del barniz. No cabe duda que, aunque seguramente hacía mucho tiempo que no se guardaba ninguna bestia allí, la habían limpiado y desinfectado a conciencia. Entre el zaguán y la cuadra, una puerta totalmente abierta que parecía recién colocada, no como en otras casas que conocía y que todavía mantenían animales, donde un simple toldo separaba la cuadra del patio de la casa. Las piedras del suelo relucían, unos guijarros planos colocados verticalmente de tal forma que los cantos sobresalían ligeramente. Así, las pezuñas de las caballerías se podían agarrar al piso. En la cuadra, un portón grande para permitir la salida de los animales a la calle. Desde la entrada, me pareció que una barra de hierro, atravesada de lado a lado, la atrancaba.

Comenzó la subida al piso superior mientras yo me preguntaba si tendría el dinero arriba. De sobra sabía que en las vueltas de la tienda tenía más que suficiente para darme lo que me correspondía. Además, ya estaba perdiendo demasiado tiempo, se acercaba la hora de la comida y sabía que mis amigos enseguida se marcharían para sus casas. Seguramente cuando bajara ya no quedaría ninguno, así que tendría que jugar yo sólo, aunque tampoco me importaba demasiado. En sus casas solían comer a la una, en la mía un poco más tarde, cuando mi padre echaba el cierre a las dos en punto, eso si no tenía clientes; aunque casi siempre me mandaba levantarme de la mesa porque venía alguien que se había olvidado de algo. Si no era muy complicado, como cortar embutido o algo que no supiera, bajaba yo.

—Ven, sube conmigo —dijo, al ver que esperaba sin moverme. Me puse detrás de él y entonces pude comprobar lo difícil que le resultaba ascender cada peldaño. Tenía que aposentar los dos pies sobre cada escalón y desde allí, apoyándose en su gayata levantar su pierna mala ayudándose con su mano.

Llegar hasta el primer piso nos llevo un rato, con lo que definitivamente mis esperanzas de jugar a la pelota esa mañana se esfumaron definitivamente. Cuando llegamos arriba, solamente permanecía una de las mujeres, Asunción. Atizaba el fuego en la cocina económica con el gancho.

—Señor Martín ¿le pongo la comida ya? —le preguntó en cuanto aparecimos por la puerta.

—No, Asunción. Espere un poco, ahora cuando acabe. Antes tengo que darle una cosa a mi joven amigo.

Nunca nadie tan mayor me había llamado así, pero eso no hizo que se aplacara mi enfado. Parecía que no me iba a dar propina y encima me hacía perder el tiempo. Mis amigos se estarían preguntando dónde me habría metido. Solo en casos muy excepcionales de mucha clientela en la tienda a esas horas, cerca de la una de la tarde, yo me perdía el juego. Seguí al viejo hasta otra habitación, contigua a la cocina. Una gran cantidad de cajas de cartón y un par de baúles ocupaban prácticamente todo el suelo de la habitación. Parecía que la mayor parte de ellas contenían montones de libros. Algunas estaban desembaladas y abiertas y con su contenido a la vista. Muchos de los libros se apilaban sobre un trinchante con patas de garra situado junto a la entrada, mientras algunos ocupaban un escritorio al lado de un gran ventanal. En un lado del mueble, un tocadiscos con dos cajas negras de las que salían unos cables de colores. A través de los cristales, se podía ver parte de la vega y en la lejanía, los montes de Alcairel, con sus tonalidades azul verdosas. En el centro, las agujas calizas de las Peñas Albas. Un poco hacia el sur, Mondecabras, el monte por donde rayaba el Sol. Un monte ocre y ralo, de cumbres redondeadas y altas, sin una escuálida mata vegetal. No tardaría mucho tiempo para que en los atardeceres de invierno, el sol enrojeciera aquellas laderas. Entonces parecía que cientos de fuegos salían de sus entrañas por las fisuras del terreno. Como si detrás no pudiera existir nada más, sólo el fin del mundo.

Se puso a rebuscar entre los libros empacados en las cajas. Dejó colgado el bastón en una percha detrás de la puerta, junto con el sombrero, y ahora caminaba todavía con dificultad, pero mucho más suelto de lo que lo había hecho hasta entonces. Se desplazaba entre los arcones y los amontonamientos de libros mientras yo lo contemplaba con curiosidad. No sabía que demonios buscaba. Revolvía y revolvía entre los libros sin recordar donde guardaba lo que intentaba encontrar. Yo ya no sabía que pensar de su promesa cuando subía la cuesta cargado con su compra. No creía que fuera un libro; era demasiada propina para tan poco esfuerzo. Aunque, por otra parte, no entendía muy bien que es lo que registraba en las cajas. Por fin, en una de ellas, de las más alejadas de la puerta, encontró lo que quería, saludado con unas palabras en una lengua que no entendí en absoluto, mientras lo extraía de su fondo. Me lo enseñó desde lejos, señalándolo con júbilo. Un libro grande con una portada de muchos colores. Sin moverse de su sitio lo hojeó ligeramente por encima.

—¡Por fin! ¡Aquí está! Empezaba a pensar que no lo encontraría —vino hacia donde yo refunfuñaba, sosteniendo un libro enorme en las manos—. ¿Sabes donde está New York?

—Si, en América —contesté, sabía donde estaba Nueva York, aunque no la hubiera llamado por su nombre.

—Eso es, en los Estados Unidos de América. Seguramente lo habrás visto en las películas ¿no?

—Algo —me mostró la portada del libro. La imagen sí la había visto en la tapa de un libro que se llamaba Grandes Pueblos. La Estatua de la Libertad. Solo que la que me mostraba era una fotografía en color. La portada de mi libro era un dibujo de colores desvaídos.

—¿Sabes que monumento es este?

—Sí, la Estatua de la Libertad —me gustaba que me enseñara el libro, pero no podía esperar que me lo diera. Parecía demasiado bonito y demasiado caro para dárselo a un crío como yo.

—Eso es, la Estatua de la Libertad. Ya imaginaba que eras un chico instruido. Toma —me lo puso en las manos, pensé que me lo dejaba para que lo viera durante un rato—. Para ti. Esta en inglés. Lo más importante son las fotos que hay dentro. Espero que las contemples detenidamente.

No sabía si cogerlo o decirle que no. Por un lado me atraía y no podía dejar de observar la fotografía de la portada, y por otra parte, sabía que no debía aceptarlo. Mi esfuerzo no merecía tanto regalo. Me hubiera conformado con uno o dos duros como en las fiestas.

—Ya sé que estás pensando. Considéralo un regalo por ayudarme de hoy y por la próxima vez que lo hagas. Sin tu ayuda no hubiera podido subir la compra. ¿De acuerdo?

—Cogí el libro y lo sujeté fuerte con las dos manos. Después de acarrear las cajas, los brazos se me habían adormecido un poco y no esperaba que el libro pesara tanto; tuve que esforzarme para que no se cayera al suelo. Me quedé un poco paralizado sin saber que hacer ni que decir.

—Vamos, vete, tus amigos te estarán esperando para jugar. ¡Cuida el libro! ¡Ah!. Y gracias.

Yo no le agradecí su regalo; me quedé callado sin saber qué decir. Salí corriendo de la casa y esta vez más despacio, bajé hasta la plaza. Como esperaba, ya no quedaba ninguno de mis amigos en el frontón, así que fui a mi casa y le enseñé el libro a mi madre. Al verlo, se enfadó conmigo por haberlo aceptado, aunque de momento, no me hizo devolverlo. Subí a mi cuarto y allí, yo sólo, abrí el libro para verlo con tranquilidad. Era grueso, todo con fotografías de la ciudad que daba nombre al libro y algunos párrafos que, como aseguró, no entendí. Muchas de las fotografías ocupaban una página. Aunque en mi casa teníamos bastantes libros, ninguno era como ese. No recordaba haber visto muchos libros como ese, con tantas fotografías y sobre todo, con tantos colores.

Me entretuve un buen rato contemplándolo, hasta que mi padre echó el cierre y tuve que ir a comer. Las fotografías mostraban edificios muy grandes y mucha gente

andando por las aceras. Casi todas las personas que salían retratadas llevaban sombreros del mismo estilo que el que calaba el forastero. En una percha de mi casa descansaba uno, era de mi padre, pero no se lo ponía nunca. Lo debía conservar de sus años mozos, porque en una fotografía enmarcada encima de una cómoda se cubría la cabeza con el sombrero. Además del sombrero, en el retrato lucía un bigote muy fino.

\* \* \*

Después de comer, permanecí todavía un buen rato mirando el libro tumbado en el sofá. Cuando lo dejé y bajé a la plaza, bien avanzada la tarde, todos mis amigos ya llevaban un buen rato merodeando por allí. Me sorprendió que en lugar de estar jugando, estuvieran todos juntos hablando en voz baja, como si no quisieran que nadie les escuchara. Me acerqué y rápidamente comprendí de quién hablaban.

—Se lo oí decir anoche al Aristeo cuando hablaba con mi padre —era Severino el que parecía llevar la voz cantante ya que todos le prestaban atención.

—Ése miente mucho —terció Estanis—. Siempre anda con historias que se debe inventar. ¿No lo conocéis? Está mal de la chaveta.

—Esta vez dice la verdad, seguro. Le oí como se lo decía a mi padre. ¡Y mi padre le creyó!

—¡Bah! No me lo creo. Esa es otra historia que se ha inventado. Como aquella que nos contó del hombre que iba andando todas las noches por la carretera con unas cadenas.

Éramos varios cuando el Aristeo contó la historia intentando asustarnos. Decía que todas las noches, cuando se acercaba el buen tiempo, salía a la entrada del pueblo a tomar el fresco. Sentado allí, en una de las piedras que sobresalen del cabezo, decía que escuchaba a lo lejos, en la carretera, como un hombre iba ascendiendo hacia el pueblo. Decía que caminaba por el centro de la calzada arrastrando unas cadenas sujetas a sus tobillos. Sabía que era así porque escuchaba claramente el ruido metálico de los eslabones y el roce con la gravilla del pavimento y el asfalto. A la vez que nos lo contaba, hacía gestos y ponía muecas de miedo. Nos dijo que todas las noches lo sentía llegar por la primera curva que se puede ver desde la entrada al pueblo. La misma curva por la que aparecía el morro del coche de línea. Decía que le oía avanzar por la carretera arrastrándolas, como si no pudiera cargarlas. De repente se paraba y durante unos instantes no escuchaba nada. Aseguraba que era porque se paraba a beber agua en el pequeño manantial de la fuente del Perro. Después volvía a escucharse el sonido metálico de las cadenas y Aristeo decía que

seguía escuchando como se iba acercando, pero nunca llegaba. Nos aseguró que el día que subiera hasta el pueblo y él comprendiera que iba a llegar, saldría corriendo. Porque cuando llegara sucedería algún mal al pueblo. Según decía, vendría para llevarse algún chico que le ayudara a llevar las cadenas. Entonces, cuando nos lo contó, apenas si teníamos seis o siete años y más de uno se lo creyó y no pudo dormir algunas noches. Hasta que alguno de los padres se enteró y eso le costó una buena bronca al Aristeo. Como siguiera contando historias de miedo a los chicos se iba a encontrar con alguna somanta de palos.

—Esa historia era sólo para meternos miedo —dijo de nuevo Estanis—. porque siempre tenía ganas de enredar.

—Yo sí me lo creo —terció Anselmo.

—¡Bah!. Yo no —dijo Goyo, sin duda el más callado de toda la pandilla.

—¿Qué es lo que pasa? —pude por fin preguntar.

—Nada —me contestó Evaristo—. Estamos hablando del hombre aquel —hizo un gesto con la cabeza señalando al forastero que se apoyaba en la pared, junto con otros viejos.

—¿Del señor Martín? Es amigo mío —dije para darme importancia.

—¡Menudo amigo tienes! —Severino me dirigió una mirada de enfado y se marchó a beber un trago de agua de la fuente.

—¿Qué pasa? —pregunté a Estanis.

—Dicen que ese hombre es de hacienda. Que ha venido para saber cuanto grano se recoge en el pueblo, cuanta fruta y cuanto ganado. Para los impuestos.

—¿Eso dicen? Bah, cuentos.

—Sí, el padre de Severino y el Aristeo estuvieron hablando anoche en su casa. Eso dice Severino.

—¿Y era el Aristeo el que lo estaba contando? Miente más que habla —dije, como si supiera si mentía o no mentía. Aparte de aquella historia de las cadenas, no le había escuchado nada más. No era hombre que apareciera mucho por la tienda. Cuando lo hacía apenas abría la boca, solamente para realizar su pedido.

—Queseguro que se lo ha queinventado —apuntó Quejuan,

—Ya. Yo tampoco me lo creo mucho —aseguró Estanis

—Es verdad —Severino había vuelto al centro de la conversación—. Todo el mundo lo sabe. Por eso está todo el tiempo por ahí mirándolo todo. Para inspeccionar las riquezas del pueblo.

—Que eso que si es que verdad. Que siempre que está por la vega.

—¡Claro que es verdad! —se alteró Severino—. Es un recaudador de arbitrios. ¿Tengo razón o no? —le preguntó a Anselmo— El recaudador que sustituye al Barbas.

Un antiguo recaudador afincado y casado en el pueblo, el Barbas, se había marchado hacía ya unos años después de los sucesos del Pocico Lustre y los sustitutos que enviaron solamente aparecían en las épocas de recaudación de tributos. Ninguno permanecía en el pueblo más que el tiempo necesario para cumplir su tarea. Lo mismo que los distintos inspectores de Servicio Nacional del Trigo, una vez concluido su trabajo abandonaban el pueblo.

—Sí —afirmó Anselmo.

—Si fuera un recaudador, al acabar su trabajo se marcharía. Además, para que querría comprar una casa.

—Mis palabras no obtuvieron respuesta de ninguno de los tres o cuatro que me acompañaban en el corro. Por aquel día dejamos el asunto del forastero.

Aunque la conversación sobre el desconocido se acabó aquella tarde; no por eso dejamos de hablar de él cada vez que nos juntábamos. El rumor de que era un recaudador de tributos o un fiscalizador de los bienes del pueblo no se sostenía y dejó de circular por el pueblo. De haberlo sido, no se hubiera quedado a vivir en el pueblo. Tampoco era un veraneante. Se marchaban con el verano. El pueblo, y nosotros con él, continuábamos preguntándonos sobre el forastero. Preguntas que se hacían en las conversaciones de la taberna, al calor del hogar, o en los establecimientos del pueblo o en cualquier alto en las faenas del campo. Preguntas que volvieron a las mentes de los vecinos con mayor fuerza si cabe que antes de su marcha: ¿De quién se trataba? ¿Qué relación tenía con el pueblo? ¿Qué asuntos le habían llevado a aquellos parajes medio abandonados? ¿De dónde venía? ¿Por qué cojeaba? ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué se había comprado una casa? ¿Se iba a quedar a vivir en el pueblo? ¿Por qué? Pero las preguntas más inquietantes seguían haciendo referencia a su extraña inclinación a escudriñar cualquier detalle que le llamara la atención. Afición a la que retornó nuevamente a su vuelta. Parecía que no había nada que escapara a su curiosidad.

¿Quién era ese forastero que se permitía observar todo con detenimiento y, sin el menor asomo de pudor? ¿Que mirada ocultaba detrás de los cristales ahumados de sus gafas? ¿Cuáles eran los motivos por los que se detenía a observar con tanto interés? ¿Cuáles eran sus propósitos? ¿Por qué huroneaba? ¿Qué buscaba? ¿Qué quería saber? ¿Porque no preguntaba? Con su mirada parecía desnudar la vida del pueblo y sus habitantes. Quien más, quien menos, todo el pueblo hacía las mismas preguntas. Nadie conocía las respuestas. Sólo su nombre. Un nombre sin memoria. Pero los nombres sin memoria no proporcionan respuestas.

Cada vez que nos reuníamos; en alguna era para jugar al fútbol o cada vez que merendábamos apoyados en las columnas de la fuente, no dejaba de salir el tema del forastero. Alguno incluso dijo que era un espía que controlaba todo con unos aparatos microscópicos que llevaba incrustados en la montura de las gafas. Apostillaba que, en realidad, era un miembro de Misión Imposible. Otros aseguraban que era un hombre muy rico que quería comprar todas las tierras del pueblo. En el mensaje no se aventuraba ningún motivo. Como todos los ricos, se decía, por el placer de abarcar. Hablábamos sobre todo de lo que escuchábamos en casa. Especialmente algunos como Emilio, Severino o Anselmo. Yo también me preguntaba quien sería y que hacía en el pueblo. Después de los primeros días, en los que todo eran saludos y sonrisas a su paso, algunas miradas se volvieron torvas y torcidas. A diferencia de los primeros días en el pueblo en los que todo eran saludos y parabienes, los vecinos, en cuanto le veían acercarse, cerraban las puertas de sus casas. Parecía que los lobos habían regresado a los montes cercanos para destrozar la tranquilidad del pueblo y había que asegurar bien los cercados. Los salvajes habían regresado a la comarca para bajar en las madrugadas de invierno hasta el centro del pueblo y dominar el territorio. Todo el pueblo se respondió como mejor le convino, aunque la realidad era que nadie sabía, y después de instalarse en el pueblo, quién era el forastero y que asuntos se llevaba entre manos.

\* \* \*

La tienda disponía de todo lo que un pueblo como aquel, en aquellos tiempos, pequeño y agrícola, podía necesitar. No era preciso vender verduras o fruta, había más que de sobra en los huertos de la vega. Un poco tardío todo, es cierto, por el clima y la altitud, pero hacia finales de Julio ya se podían recoger tomates y judías. El agua no faltaba, ni en los regadíos ni en las casas, bien suministrada por las acequias desde tiempo inmemorial. Aunque como no todo el mundo tenía huerto, y como cada vez llegaban más veraneantes y emigrantes que los veranos retornaban al pueblo, era necesario tener algunas judías verdes y cebollas y otras verduras y hortalizas. Se despachaban detergentes, ya empezaba a haber muchas lavadoras, y las mujeres ya hacía muchos años que no tenían que bajar al río hasta el lavadero, desde principios de siglo. Lavadoras que apenas eran una turbina que hacía girar el agua y la ropa, aunque lavaban, al fin y al cabo. Aunque algunas mujeres del barrio alto, donde el suministro de agua llegaba con dificultad, todavía bajaban a lavar al lavadero. Fue la época en la que dejamos de ver como elaboraban jabón con la grasa de los animales sacrificados. Los detergentes llegaban en cajas de cartón de colores, no como muchos otros artículos que se despachaban en cajas de cartón únicamente con el nombre, sin mayores dibujos ni ornamentos. Muchas otras cosas eran a granel. El



azúcar, los macarrones, los huevos que se vendían por docenas sacándolos de unas bandejas de cartón, los turrónes de mazapán por Navidad. Llegaban en unas cajas de madera como los higos secos. Los artículos a granel que no eran de primera necesidad se guardaban en cajas de hojalata ordenadas en los estantes. Cada una con una etiqueta ribeteada en rojo con el nombre del género. Lo que mejor se me daba era despachar el tabaco, porque además de tienda de ultramarinos y coloniales, droguería y sedería, también era el estanco del pueblo. Los paquetes de cuarterón o de caldo eran los más solicitados. Porque elaborados no se vendían muchos, Celtas que costaban 4.50 o Ducados. Tabaco rubio apenas se vendía, solamente algún visitante de fuera compraba algún paquete de rubio americano porque en el pueblo no se gastaba. Solamente un cliente, un mozo viejo que se las daba de ser el más moderno del pueblo aunque era de los más garrulos; que cada vez que sabía de un nuevo tabaco por algún forastero o escuchaba la publicidad de una nueva marca en los anuncios de la radio o en la televisión del bar, dejaba lo que estuviera haciendo y corría inmediatamente a pedirlo. “Un paquete de Lark” o de cualquier otro que hubiera escuchado nombrar, pedía de sopetón nada más abrir la puerta de la tienda. Naturalmente yo nunca había oído hablar de esa marca; no escuchaba la radio y la única televisión que veía eran los partidos de fútbol y no me enteraba de los anuncios. Así que le preguntaba a mi padre, que la mayoría de las veces tampoco conocía los cigarrillos recién aparecidos. No era frecuente que hubiera suministro en la primera ocasión y a veces pasaba un tiempo hasta que estaba disponible en la tabacalera. Hasta que mi padre no hiciera la próxima saca, una vez al mes más o menos en invierno y cada quince días en el verano, no lo tendría. Cuando mi padre iba al almacén de tabacalera en la cabeza de partido del pueblo, entonces traía un cartón del nuevo tabaco para el ansioso. Un cartón nada más, porque compraba dos paquetes como dispendio y después se olvidaba, volvía a su paquete de Celtas sin filtro y el resto del tabaco recién traído se secaba en la estantería, si no lo remediaba algún otro garrulo de paso. Porque aunque en el pueblo quedaban más, ninguno era tan tonto como para gastarse los cuartos en tabaco de señoritas.

Aunque solamente una señorita fumaba en el pueblo. La médica del pueblo fumaba Piper, un rubio mentolado que dejaba un olor penetrante allá por donde pasara. Cada vez que el tabaco subía de precio, algunos de los fumadores montaban en cólera. Cuando llegaban al mostrador y me dejaban las cuatro pesetas y dos reales por un paquete de Celtas corto sin filtro y yo les decía que tenían que poner algunos céntimos más, lo que hubiera subido, se quejaban y cogían todo su dinero mientras juraban y perjuran que no volverían a fumar. Salían de la tienda con el rabo entre las piernas sin comprar el tabaco. Yo no me movía, esperaba detrás del mostrador a que pasaran tres o cuatro minutos, entonces regresaban con las monedas justas y las depositaban encima del mostrador. Algunos apenas salían un par de metros a la calle, los podía ver a través del cristal y los visillos de la puerta; los

estantes del estanco se encontraban enfrente justo de la puerta para que los hombres no tuvieran que atravesar todo el comercio. Así que los veía como rebuscaban en los bolsillos de sus pantalones y cuando encontraban la dos reales o los céntimos que les faltaban entraban rápidamente a comprar con la cabeza gacha. A otros, en cambio, el suministro de picadura se lo llevaba su mujer cuando venía a hacer la compra. Era lo último que pedían y no entraba en la cuenta de las demás cosas. Traían las monedas en otro bolsillo, al margen de los dineros de la compra que siempre salían del monedero. Lo pedían repitiendo la misma cantinela: “¡Mira que malgastar el dinero así! ¡Con el chupete!, ¡Más valdría gastarlo en otras cosas!”.

A pesar de sus protestas, no tenían más remedio que llevarles el cuarterón o el caldo, casi siempre con papel de fumar, papel de arroz Smoking y unos metros de mecha para el chisquero. Una mecha de color naranja con unas hebras negras que era de las mercancías de más colorido de toda la tienda. Aunque los paquetes de tabaco también empezaban a ser de colores. Poco a poco todo empezaba a tener color, las cajas de hojalata de las galletas, las botellas de plástico amarillo de la lejía, los jabones con sus envoltorios de flores. Casi todas las que compraban la picadura para sus maridos eran mujeres de pastores, como durante el día trabajaban en el campo, no podían ir a la tienda, y les hacían la saca para toda la semana. Todavía no tenían radios portátiles pequeñas para llevarse al campo. Todos los aparatos de radio eran unos armatostes inmensos. Mi padre si tenía una Kolster pequeña que consumía muchas pilas. Una vez pescando cangrejos con retel, cebados con unos pedazos de sardinas rancias, antes de que la peste acabara con todos, se le cayó a la acequia. Fue la peste de la que acusaron al americano. Desde entonces ya no volvió a funcionar bien, costaba mucho coger las emisoras. De todas formas se cayó al agua cuando ya las portátiles empezaban a llegar a todas las casas. Se quedó en casa como una reliquia.

Una mañana en la tienda se armó una buena zapatiesta entre las mujeres que compraban. Era sábado a media mañana. Todo a causa del forastero. Florinda, una de las mujeres que acababa de contratar para que le ayudaran en la casa, fue la causante involuntaria del jaleo. Desde que vivía en su nueva casa, pasó a ser uno de los mejores clientes de la tienda, si no el mejor. Aunque él, escasamente había acudido a comprar un par de veces. Era Florinda quien se ocupaba de la compra cada dos días.

—Quiero cuarto de jamón —pidió, después de haber hecho un buen pedido, como todos los que eran para el forastero.

—¿De cual? —preguntó mi padre, señalando las dos piezas que colgaban de los ganchos con los embutidos— La semana pasada se llevó de este bueno. Es algo más caro, pero de más sabor.

—Sí, del bueno. Es para el señor Martín. Le gusta que sepa a jamón. Dice que llevaba muchos años sin probarlo.

—¡Para ese morrosdehaba! —se oyó la voz de Generosa, que era la siguiente en la vez— ¡Siquiá le diera un torzón!

—¡Mira quién fue a hablar! —se volvió Florinda, aunque seguramente ya sabía quién le seguía en la vez— ¡Si le da un torzón será porque puede! No como otros... —y dejó la frase sin acabar no empeoraran las cosas.

Las otras dos mujeres que esperaban su turno en el mostrador y mi padre seguían callados, esperando que la discusión no pasara a mayores. Afortunadamente, fue la última compra de Florinda. Mi padre se dio prisa en sumar el montante y Florinda también quería marcharse cuanto antes, porque mandó que mi padre lo apuntara. No duraban mucho los apuntes de las compras del Forastero, era de los que siempre pagaba a la hora de la compra, y si alguna vez dejaba deudas, como en esa ocasión, no pasaba ni un día sin que volviera Florinda para saldar. Al cerrarse la puerta tras Florinda, Generosa volvió a la carga, no en vano era una de las mujeres más fisgonas y parlanchinas de todo el pueblo.

—¡Cómo habrá tenido el valor de volver!

—¿Es que tú sabes quién es? —le preguntó una de las mujeres que esperaban su turno.

—No me hace falta saberlo —contestó airada—. Si ha vuelto es porque tendrá algo que ver con el pueblo. Bien que lo sé. Seguro que no trae nada bueno. No hace más que andar por todo el pueblo husmeando...

—Mujer... Pues debes de ser tú la única que sabe quién es. Además, si es verdad lo que dices... ¿Por qué no puede volver? Además, puede ir donde quiera —contestó nuevamente otra de las parroquianas—. Todos tenemos derecho a ir donde nos plazca. ¿No te parece? —preguntó esperando una contestación de mi padre.

—No, Justina, no. Hay gente que no debería tener derecho a nada en esta vida. ¡Menos gente de esta calaña! —finalizó alterada— ¿Quién le habrá mandado venir? ¡A revolver! A eso ha venido.

—No te acalores, Generosa. Aunque a mí tampoco me gusta, no es para tanto —terció la última de las clientas, apenas entrada en la tienda. No había necesitado escuchar mucho para saber de qué trataba la conversación y no pudo resistir la tentación de entrometerse en ella.

—Como no me voy a acalorar, Francisca. Como no me voy a acalorar. Va recorriendo el pueblo metiéndose donde nadie le llama.

—No he visto que se metiera en ninguna parte...—afirmó Justina.

—¡Como que no! Ayer, mismamente, se pasó toda la mañana vigilando la vega. Sin parar de dar vueltas por la Plaza Alta. Mirando todo lo que hacía la gente. Segura estoy que será uno de esos inspectores... para ver lo que sacamos del campo. Lo mandan para ver de pillarnos en algún renuncio. Para traernos la miseria. Seguro que ya estuvo aquí en tiempos.

—Eso si es verdad que es quien dices —aseguró Justina—. Nadie sabe con seguridad quién es el forastero.

—¡Pues yo si que lo sé! ¡Bien que lo sé! ¡Un malasombra! ¡Eso es lo que es!

—¿Y que le vas a hacer, mujer? —preguntó Francisca.

—¡Pues no callarme! Eso es lo que voy a hacer. Y si me saluda como esta mañana, volverle la cara. Que sepa bien que no quiero saber nada con él. Si se marchara, mejor para el pueblo.

—¡A todos nos gusta que venga gente al pueblo. Esta más animado ¿verdad? —dijo Justina dirigiéndose nuevamente a mi padre.

—Pues a mí no. ¡Que se queden donde estaban! Bastante tenemos ya con los que estamos para que encima vengan de fuera a revolver.

A todo esto mi padre trataba infructuosamente que Generosa empezara a pedir sin conseguirlo. No hubo manera. Con las manos entrelazadas, la cabeza ladeada y la mirada ligeramente extraviada, hacía denotar su disgusto, hablando sin parar de los malasombras. Hasta que Justina no le sacó de su perorata cambiando de tercio no cesó su parlamento.

—Generosa, pide ya, que se pasa la mañana y tengo el puchero en el fuego.

—No te apures Justina, que ya voy. Media docena de huevos quería.

—¿Extras o corrientes? —preguntó mi padre.

Finalizada la trifulca, mi madre bajó de casa y pude dejar mi puesto en el estanco. Salí a la plaza para jugar un poco, pero la ocupaban los puestos de unos vendedores ambulantes. Unos vendían ropa y habían colocado un tenderete a lo largo de todo el frontón. En uno de los laterales, la venta era de cerámicas y utensilios de loza y porcelana: vasos de arcilla, platos, cuencos y toda clase de vasijas y recipientes, jofainas, tinajas, cántaros y un muestrario completo de distintos tipos de terrizos y botijos. Entre toda la clientela que recorría los puestos no pude encontrar a ninguno de mis amigos, así que decidí regresar a casa.